

# INSVLA



## SUMARIO

*INSULA.* - FRANCISCO CAPELLO: EL TEMA DE LA  
ILÍADA. - AMERICO CASTRO: "CÁNTICO" DE JORGE  
GUILLÉN. - AMANDA LABARCA H.: LAS COORDE-  
NADAS DE UNA POLÍTICA EDUCACIONAL. - ARNOL-  
DO C. CRIVELLI: SOBRE EL "GUZMÁN DE  
ALFARACHE" Y LA SEGUNDA PARTE APÓCRIFA  
(PUBLICACIÓN PÓSTUMA). - RENATA  
DONGHI HALPERIN: NOCTURNO. -  
JULIETA GOMEZ PAZ: LA OBRA  
DE MARÍA GRANATA. - *LA ESTELA  
EN EL TIEMPO*, LEOPARDI:  
DE LA GUERRA Y EL TIRANO. -  
*LAS OBRAS Y LOS DIAS:*  
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS Y DE  
ACTUALIDAD.

# INSVLA

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRIGIDA POR

RENATA DONGHI HALPERIN

SUBSCRIPCION ANUAL

ARGENTINA: \$ 3.50

OTROS PAISES: 1 DOLAR

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
SANTA FE 1753 - 8º, D  
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)



# Novedades...

- EL PENSAMIENTO VIVO DE SAN PABLO, por *Jacques Maritain* \$ 3.—  
El gran pensador católico prologa y recoge las páginas más importantes de San Pablo.
- EL PENSAMIENTO VIVO DE CONCEPCION ARENAL, por *Clara Campoamor* ..... " 3.—  
El pensamiento de una de las mujeres que mayor influencia ejercieron en la evolución de las ideas humanitarias.
- TRES POETAS FILOSOFOS. LUCRECIO, DANTE, GOETHE, por *George Santayana* ..... " 4.—  
La diversidad de los tres poetas se convierte en una unidad de orden superior; en conjunto constituyen el resumen de toda la filosofía europea.
- ESENCIA Y FORMA DE LA SIMPATIA, por *Max Scheler* ..... " 8.—  
Profundas y sorprendentes aclaraciones sobre el ser del hombre, fundadas en una nueva interpretación de la vida afectiva.
- FILOSOFOS BRASILEÑOS, por *Guillermo Francovich* ..... " 3.50  
El primer estudio de conjunto sobre las figuras sobresalientes del moderno pensamiento brasileño.
- POETA EN NUEVA YORK. CONFERENCIAS. PROSAS POSTUMAS, por *Federico García Lorca* ..... " 4.—  
El tomo VII de las Obras Completas del gran poeta, conteniendo numerosas páginas inéditas.
- PUEBLO EN LA NIEBLA, por *María de Villarino* ..... " 2.50  
Una serie de relatos vivos que traducen experiencias líricas, evocativas y novelescas.
- POEMAS DE CARNE Y HUESO, por *Francisco Luis Bernárdez* ... " 2.50  
Una nueva colección lírica donde el prestigioso autor de *Poemas Elementales* da su nota más personal.
- JUAN DE MAIRENA, por *Antonio Machado*, 2 volúmenes; cada uno " 2.—  
Primera edición popular y rigurosamente completa de las obras del gran poeta español, conteniendo numerosas páginas inéditas en libro hasta el día.
- CASTELLANO, ESPAÑOL, IDIOMA NACIONAL (HISTORIA ESPIRITUAL DE TRES NOMBRES), por *Amado Alonso* ..... " 2.—  
Un libro que trata con agudo sentido y amplia erudición de los nombres que recibe nuestra lengua.
- MELPOMENE, por *Arturo Capdevila* (2.<sup>a</sup> edición) ..... " 2.—
- LA ILIADA, por *Homero*, (2.<sup>a</sup> edición), 2 tomos, en rústica, cada uno " 2.—  
" " " " (2.<sup>a</sup> edición); 2 tomos, encuadern., cada uno " 4.—

## EDITORIAL LOSADA, S. A.

ALSINA 1131  
BUENOS AIRES

MITRE 991  
ROSARIO

COLONIA 1060  
MONTEVIDEO

LOS FUNDADORES Y CREADORES DE LA  
**COLECCION BUEN AIRE**  
*presentan su nueva*  
**COLECCION MAR DULCE**  
*en la*  
**EDITORIAL NOVA**



***Titulos Publicados:***

GUAMAN POMA DE AYALA

(El mundo sugestivo y misterioso de los incas reflejado por medio de este extraordinario dibujante).

GUADALUPE POSADA

(Las Calaveras y otros grabados muestran a este dibujante mexicano como el precursor y maestro de los más jóvenes artistas de su tierra).

FRAY MOCHO

(Selección de cuentos del gran costumbrista argentino, ilustrados con varios dibujos de la época).

***Colección Nuestra América:***

DON CASMURRO, de *Machado de Assis*

(Cuidada edición de esta obra clásica de la literatura brasileña, considerada como una de las más importantes novelas de la literatura universal).

***Libros de Arte:***

10 DIBUJOS, por *Ramón Pontones*

(Segunda edición de los dibujos de uno de los mejores pintores de la España actual).



**EDITORIAL NOVA**

AVENIDA DE MAYO 822 - 1.º • U. T. 34, DEFENSA 8698



# ***Novedad***

---

## **TRES MAGNIFICOS LIBROS ILUSTRADOS**

---

### **MONTEAGUDO, Una vida meteórica** de JUAN PABLO ECHAGUE

Con 7 ilustraciones en litografía y 5 en offset, de **Raúl Rosaviro**. El doctor Gregorio Aráoz Alfaro ha dicho de este libro: "No creo que haya muchas cosas de Ludwig, de Maurois o de Zweig que lo igualen, ninguna lo supera".

El ejemplar \$ 12.—

---

### **MENDOZA, La de mi canto** de ALFREDO R. BUFANO

El poeta mendocino por esencia, evoca en estos versos, paisajes y emociones de honda belleza. Con 20 acuarelas a todo color de **Ernesto Ziechmann**.

El ejemplar \$ 15.—

---

### **VOCABULARIO Y REFRANERO CRIOLLO** de TITO SAUBIDET

Deleita por el arte y la exactitud de sus muchas ilustraciones. Enseña por el vigoroso contenido de su prosa argentina.

El ejemplar \$ 20.—

---

## **EDITORIAL GUILLERMO KRAFT Ltda.**

RECONQUISTA 319-27

Teléf. 31, Retiro 3411

## ***Dos Valiosas Colecciones Literarias al alcance de todos los Lectores***

La BIBLIOTECA DE CLASICOS ARGENTINOS está destinada a los amigos de la buena literatura y a los estudiantes de la enseñanza media y superior.

Integran su plan de publicaciones las obras magistrales del pensamiento nacional —literarias, históricas, jurídicas—, que se ofrecen en cuidadas ediciones, prologadas y anotadas por destacados representantes de las letras y del profesorado argentinos.

La COLECCION ESTRADA reúne páginas elegidas de los más representativos cultores de las letras hispanoamericanas —incluyendo las argentinas— y las clásicas universales, con prólogos y acotaciones realizados por críticos de autorizado juicio.

**EDITORIAL ESTRADA S. A.**

**BOLIVAR 466**

**BUENOS AIRES**

**TALLERES GRAFICOS**

**PORTER Hnos.**

**LIBROS · CATALOGOS · REVISTAS**

♦ todo referente a impresiones ♦



**Estados Unidos 1864 - 66 ♦ U. T. 23 - 4219**



Primeras novedades del año 1943 presentadas por la  
EDITORIAL SUDAMERICANA

VEIT VALENTIN

# HISTORIA UNIVERSAL

LOS PUEBLOS — LOS HOMBRES — LAS IDEAS

Sólo una investigación rigurosa realizada por uno de los primeros historiadores contemporáneos, podía culminar en esta grandiosa síntesis de la vida de la humanidad, terminada en plena guerra.

3 volúmenes de 1708 páginas, con cerca de 200 ilustraciones impresas sobre magnífico papel ilustración, encuadernados en tela verde, sobrecubierta a 4 tintas ..... \$ 50.—

**EL CORAZON DE PIEDRA VERDE.** Por Salvador de Madariaga.  
1 vol. de 852 páginas ..... " 10.—

**VIDA DE MIGUEL ANGEL.** Por J. A. Symonds. 1 vol. encuadernado  
en tela, de 584 páginas ..... " 10.—

**ESPAÑA Y EL ISLAM.** Ensayos. Por Claudio Sánchez-Albornoz.  
1 vol. de 208 páginas ..... " 2.50

*Acaban de ponerse en venta las reediciones siguientes:*

**ORLANDO.** Por Virginia Woolf. 2a. edición. (Colección Horizonte) ..... \$ 4.—

**LA IMPORTANCIA DE VIR.** Por Lin Yutang. 5a. ed. " 6.—

**HERNAN CORTES.** Por Salvador de Madariaga. 2a. ed. " 12.—

**EL CAMINO DEL TABACO.** Por Erskine Caldwell. 2a. edic. (Colección Horizonte) " 3.—

**CUAN VERDE ERA MI VALLE.** Por Richard Llewellyn. 3a. ed. (C. Horizonte) " 6.—

**CONTRAPUNTO.** Por Aldous Huxley. 3a. edición ..... " 5.—

**LA LUNA SE HA PUESTO.** Por John Steinbeck. 2a. ed. (Colección Horizonte) ... \$ 3.—

**LA FUERZA BRUTA.** Por John Steinbeck. 2a. edic. (Colección Horizonte) ... " 2.50

**LA NINFA CONSTANTE.** Por Margaret Kennedy. 2a. ed. (Colección Horizonte) ... " 4.50

**COMO GANAR AMIGOS E INFLUIR SOBRE LAS PERSONAS.** Por Dale Carnegie. 6a. edición. (Ediciones Cosmos) ..... " 4.—

*Solicite gratis el nuevo catálogo  
ilustrado de más de 150 páginas*

## EDITORIAL SUDAMERICANA

ALSIÑA 500

BUENOS AIRES

En los números próximos INSVLA  
publicará los siguientes trabajos:

- *Rodolfo Mondolfo*: La teoría del sentido interior en San Agustín y sus antecedentes griegos.
- *Dora E. Miranda*: Asociaciones femeninas.
- *Benvenuto A. Terracini*: Al margen de los cuentos de Pirandello.
- *José Luis Romero*: Renán y la interpretación de la crisis del mundo antiguo.
- *Renata Donghi Halperin*: La infancia de Virginia.



# INSVLA



## SUMARIO

*INSULA*. - FRANCISCO CAPELLO: EL TEMA DE LA  
ILÍADA. - AMERICO CASTRO: "CÁNTICO" DE JORGE  
GUILLÉN. - AMANDA LABARCA H.: LAS COORDE-  
NADAS DE UNA POLÍTICA EDUCACIONAL. - ARNOL-  
DO C. CRIVELLI: SOBRE EL "GUZMÁN DE  
ALFARACHE" Y LA SEGUNDA PARTE APÓCRIFA  
(PUBLICACIÓN PÓSTUMA). - RENATA  
DONGHI HALPERIN: NOCTURNO. -  
JULIETA GOMEZ PAZ: LA OBRA  
DE MARÍA GRANATA. - *LA ESTELA  
EN EL TIEMPO*, LEOPARDI:  
DE LA GUERRA Y EL TIRANO. -  
*LAS OBRAS Y LOS DÍAS*:  
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS Y DE  
ACTUALIDAD.

Es propiedad ♦ Derechos reservados

PORTER Hnos. ♦ Impresores ♦ Estados Unidos 1864 - 66



## Insula

*EN esta época la publicación de una revista, aunque modesta, es empresa ardua, pues nunca, como ahora, se aunaron inconvenientes de toda clase que, a menudo, parecen insalvables. Su simple aparición implica sentir urgente una tarea que creemos ineludible.*

*Sin emplear las palabras vacías, a fuer de hinchadas, de misión y vocación, creemos que todo existir que no se proyecta en conocimiento y meditación es un no existir. Creemos con Wells que la responsabilidad del hombre es aterrorizadora, puesto que comparte con la divinidad la lucha por el bien sobre la tierra. Aterrorizadora; pero sin ella nuestra vida no tendría sentido alguno.*

*Las antiguas teologías, que solían representar el combate del bien y del mal con sus dos ejércitos de buenos y de malos, no han caducado. Pese a este mundo de luces y de fuerzas que nos rodea, el hombre y su existir siguen siendo esencialmente los mismos. El hombre no vive sino en la medida que tome parte en el combate secular*

por la defensa del bien. Esta palabra modesta y desmañada, como campesina, lo dice todo, lo dice, fundamentalmente, todo.

*INSULA* querría reunir a hombres y mujeres que sientan la vida misma tarea máxima del vivir.

El nombre arcaico no implica un obstinado mirar hacia atrás. Las ventanas del mundo se reabren ante el sol que vuelve a iluminarlas y nadie puede sustentarse de la dicha del día anterior, si el que nace no la trae renovada en sus brazos.

*INSULA* es una tregua que se hurta al correr vertiginoso de hechos y de ideas, para que éstos y aquéllos, los mejores, alimenten nuestro ser que languidece en la precipitación de las horas.

Sin embargo, recogimiento no implica prescindencia: el mundo del hacer y del quehacer está ante nosotros ensangrentado y martirizado; mientras esto dure no habrá sosiego para el espíritu.

---



# EL TEMA DE LA ILÍADA

A PRECIADA señora R. D.:

Su Wolf no llegó a comprender ni el primer verso de la Iliada.

—¿Qué digo?

—Lo que oye.

Μῆνιν ἄειδε, θεά, Πηληιάδεω Ἀχιλῆος,

¿Qué significa μῆνις? *Iram cane, dea...* así traducen todos y no digo que sea un error inexcusable; sin embargo, "ira" en griego dicese ὀργή, airar a uno ὀργίζω. μῆνις es algo más que ira, significa furor, perturbación de la mente, "ira permanens"; y según el modo de pensar de los antiguos, furor provocado por un dios ("ira a Deo in-missa"). La ὀργή es pasajera.

La μῆνις es un medio de que se sirve el hado para que sus decretos se cumplan. El hombre es dueño de sí mientras obra según razón; pero si se deja dominar por la pasión, entonces el destino se hace dueño de él.

Troya debe caer, pero para ello se exige la muerte de Héctor. El nombre de éste no aparecía en las epopeyas, por lo menos a juzgar por los poemas homéricos; pero ya existía el de Aquiles, de Ulises, de Agamenón.

Demódoco en la Odisea canta el altercado de Ulises y Aquiles, y Agamenón se regocija al verlo enemistarse: es el "divide et impera" de los tiranos, el acuerdo de los jefes era un peligro para su autoridad suprema.

El trozo que canta Demódoco es sacado de un poema que había compuesto sobre la toma de Troya (Od. VIII, v. 970 y s.).

Héctor es nombre griego, cuya etimología es dada por el mismo Homero (IL. VI., v. 403). Héctor significa: el que detiene, y era así

llamado porque "él solo" impedía que cayese la ciudad. Para que Troya cayese era necesario suprimir a Héctor; y el honor de dar muerte a Héctor el destino lo concedía a Aquiles únicamente, pero a precio de su propia vida.

Mas, como Aquiles conoce por su madre el decreto de Hado, primero parcial y luego enteramente, era necesario perturbar con la ira su mente, hasta el punto de hacerle preferir la venganza a la vida, lo que sólo se podía lograr con la muerte de Pátroclo.

El furor que invade a Aquiles y le perturba la mente, hasta hacerle aceptar la muerte es la μήνις del poeta, y no la pelea con Agamenón; esta es causa del retiro de Aquiles, lo cual era necesario para que los troyanos se atreviesen a salir de la ciudad, y a aceptar la batalla en campo abierto.

El mismo Aquiles se lo dice a Ulises: "mientras yo combatía con vosotros, nunca se atrevió Héctor a alejarse de los muros. ¿Y qué habéis hecho durante estos días? Levantar un muro para proteger las naves; esto no os parecía necesario mientras yo combatía con vosotros" (IL. IX, v. 348-355). Así habla Aquiles en la embajada: la embajada es el último recurso que les queda a los griegos derrotados por Héctor, que llega victorioso hasta el famoso muro que defiende las naves.

Agamenón reconoce su culpa, se declara dispuesto dar a Aquiles todas las satisfacciones, todas las riquezas que pueda desear, pero Aquiles queda incommovible, no porque su ira continúe; su orgullo está enteramente satisfecho por la humillación de Agamenón; lo que le detiene es el saber de su madre que si se queda morirá bajo los muros de Troya. El mismo lo dice y agrega que no hay cosa en el mundo que valga cuanto la vida "ni todas las riquezas que poseía Troya aún antes de la llegada de los griegos".

Lo que le detiene es la razón, todavía no perturbada.

Pero la embajada dista mucho de ser inútil. El día siguiente Pátroclo, apiadado de las condiciones desesperadas de los griegos, pide a Aquiles que le permita auxiliarlos. Aquiles ha jurado por su cetro, al separarse de Agamenón, que nunca más combatiría por él, "y cuando la espada del homicida Héctor inundará de sangre esta llanura, te



acordarás de Aquiles". Son las últimas palabras que le arroja; pero Pátroclo no ha jurado.

De no haber dado ya Agamenón el primer paso para la reconciliación, con la embajada, ni Pátroclo le habría pedido que le permitiera ayudar a los griegos, ni Aquiles se lo habría permitido.

Pátroclo, por tanto, vistiendo la armadura de Aquiles, lleva socorro a los griegos, quedando Aquiles en su tienda. La separación de Pátroclo del amigo es causa de su muerte, y esta causa el furor de Aquiles, la μῆνις.

Aquiles ya no razona; la noche de la embajada dice que nada vale cuanto la vida, pero ahora jura que no comerá, ni beberá antes de haber dado muerte a Héctor. Su madre grita: "Pero, desdichado, a la muerte de Héctor no tardará en seguir la tuya, tal es el decreto del destino", y Aquiles contesta: "Venga la muerte, si ha de venir; pero antes muchas matronas troyanas llorarán viudas en sus lechos".

La μῆνις es la que da muerte a Aquiles, pero después de haber dado muerte a Héctor y a muchos héroes.

¡Es maravilloso hasta donde llega la reflexión en Homero! Todo en él se explica tan por sí mismo que a muchos (modernos, se entiende) les repugna admitir lo intencional. Es lo que observa Aristóteles: "Se niega —dice— la finalidad en la naturaleza como en el arte, porque no se muestra la deliberación".

Pátroclo acude con los mirmidones en ayuda de los griegos, pero vestido con la armadura de Aquiles. ¿Y por qué? Para asustar a los troyanos, nada más natural. Muerto Pátroclo, Héctor lo despoja y se viste él mismo con la armadura del héroe. ¿Un capricho, una ocurrencia del poeta?

Héctor es el héroe de Zeus; el dios no puede oponerse al hado, sin embargo el sacrificio lo apesadumbra. Al ver a Héctor vestir la armadura de Aquiles, Zeus hace un movimiento de desaprobación.

Este movimiento demuestra que lo que Héctor hace no es un capricho del poeta.

Y lo es tan poco, que de aquel acto depende la solución del nudo del poema.

Aquiles se ve obligado a procurarse otra armadura, y Tetis, su



madre, logra que se la haga Hefesto. Aquí hallamos la descripción del escudo, obra de un dios, impenetrable, por lo mismo, a toda arma de hechura humana.

El duelo de Héctor y Aquiles da a entender la importancia de lo que parecía un capricho de Héctor, y la importancia del escudo, y por qué el poeta se detiene tanto en describirlo.

Puestos los dos héroes uno frente a otro, primero arroja su asta Aquiles y el golpe marra; Héctor da con la lanza en el centro mismo del escudo de Aquiles, y de no ser éste de temple divino, Aquiles habría sido ensartado en ella. Atena devuelve la lanza a Aquiles, y ahora la lucha es entre Aquiles, armado de lanza, y Héctor de espada.

Pero hay otra circunstancia que da a Aquiles la victoria: la armadura de Aquiles, que es la que lleva Héctor, carecía de gola; defecto no advertido por el troyano, pero que Aquiles no podía desconocer, por ser suya la armadura; y a la garganta de Héctor dirige la lanza y la traspasa.

Si seguimos a Aristóteles la acción del poema ha de ser una, y si no, en vez de un poema, serán dos.

La unidad es condición "sine qua non", tanto del ser como del entender. No se entiende un período si las palabras no se unen en un pensamiento único; no existe un organismo si la función de todos los órganos no se unen en un acto vital. Y un poema debe ser, dice Aristóteles, como un organismo.

Su acción debe tener principio, medio y fin.

La *μῆνις* o furor de Aquiles no termina con la muerte de Héctor; no basta para apagarla el degollar y quemar en la pira doce de los más nobles jóvenes troyanos; durante doce días no permite a los troyanos el dar sepultura a sus muertos, y tres veces por día arrastra el cuerpo de Héctor, atado al carro, alrededor del túmulo de Pátroclo. El cadáver no se descomponía por obra de Apolo.

El espectáculo indignaba a la mayoría de los dioses, y muchos instigaban a Apolo para que lo raptase, lo que habría sido un insulto para Aquiles. Zeus, entonces, propuso que se indujera a Aquiles, por medio de su madre, a devolver el cadáver a Príamo, aceptando el precio del rescate que le ofreciere. El consejo de Zeus prevaleció.

Príamo, conducido por Hermes, se presenta en la tienda de



Aquiles, que al verlo hace ademán de arrojarle sobre él; pero Priamo, levantando las manos y tendiéndolas hacia él, dice: "Divino Aquiles, acuérdate de tu padre"...

El recuerdo del padre, hecho más vivo aún por la presencia del viejo venerable, detiene al héroe, y el pensamiento de que nunca jamás le sería dado el verle, le hace romper en llanto. En aquellas gruesas lágrimas se descarga el furor, y termina la ira.

Las lágrimas, dice Wundt, son el natural descargo de las violentas emociones de ira.

Principio de una acción es "el instante antes del cual no hay nada de ella", dice Aristóteles. Por eso Homero, que dió el primero y más perfecto ejemplo de la unidad de la acción, dice a la Musa: "Empieza a cantar desde el momento (ἐξ οὗ) que a raíz de un altercado separáronse Atrides, el jefe supremo del ejército, y el divino Aquiles".

Y luego con una pregunta pone a la Musa en camino.

¿Cuál de los dioses los juntó para que se pelearan?

La Musa contesta: "Apolo", y empieza el canto.

Crises, con las insignias de sacerdote de Apolo en las manos, se presentó, delante de todo el ejército, a Agamenón para libentar a su hija hecha prisionera, ofreciendo un gran precio para el rescate, pero el rey lo rechaza y trata brutalmente delante de todo el ejército.

Apolo, para vengar a su sacerdote, siembra la peste en el campo griego. En semejante caso se reunía la asamblea para buscar un remedio. En ella se preguntaba al adivino cuál era el dios ofendido, el por qué de la ofensa, y el modo de aplacarlo.

Era evidente para todos cual sería la contestación, por cuanto la ofensa de Crises había tenido por testimonio todo el ejército. Bien lo comprendía Agamenón, y por ello no reunía la asamblea; y así pasan diez días.

Entre paréntesis le diré que aquí tenemos un ejemplo de la psicología de Homero. El poeta, nota Lessing en el Laocoonte, no describe, no analiza; el estado del alma se revela en el obrar y en el hablar de sus personajes.

Y esto es como una ley para los griegos.

Después de diez días, como Agamenón no reúne la asamblea, la



convoca Aquiles. Es lo que Apolo preveía. Agamenón entra en la asamblea ya enfurecido contra Aquiles; de aquí el altercado y la venganza de Agamenón, que se conforma en devolver a Criseida al padre, con tal que se le dé otra prisionera en resarcimiento, y elige a Briseida, la esclava amada de Aquiles.

Aquiles se separa del ejército.

Esta es la contestación que la Musa da al poeta, que pregunta: "¿Cuál de los dioses los reunió para que pelearan?"

Tal es la causa ocasional de la separación.

Retirado Aquiles, Agamenón está doce días sin sacar el ejército de la tiendas: esta demora muestra el estado de ánimo del rey; no se precisan explicaciones. El retiro de Aquiles acobarda a él y a todo el ejército. Y para reanudar la acción se necesita la intervención de Zeus que, mediante un sueño, le hace esperar que podrá, solo y sin Aquiles, poner fin de algún modo a la guerra.

Despierto le narra a Néstor el sueño, y en las palabras de Néstor se muestra el desaliento de todo el ejército, pues exclama: "de ser otro el que hablara lo creería loco".

Esta escena parece primitiva; la personificación del sueño, sobre todo.

El engaño está en el orgullo. ¿Quién no recuerda cómo hablaba y escribía el Káiser durante la gran guerra? Todos los sueños de su orgullo eran, para él, inspiraciones de Dios.

Mientras tanto Aquiles, en su tienda con su madre, lo parece todo menos un loco y un enfurecido, y Tetis le hace notar, no pudiendo decir lo que sabe, que se le ofrece ahora la oportunidad de evitar tal vez la muerte y substraerse al destino, quedándose tranquilo en su tienda, lejos del combate, idea que le sonríe al héroe.

El retiro de Aquiles es causa de que los troyanos salgan de la ciudad, y de la derrota de los griegos; y ésta de que Pátroclo se separe de Aquiles, y caiga muerto en la pelea, y Aquiles acepte su destino y elija la venganza a precio de su vida.

Desde el punto de vista del poeta, el retiro de Aquiles le permite llamar la atención sobre los demás caudillos, y hacer del poema una Iliada y no una Aquileida, como sueña Grote.



La μήνις en que se resuelve el poema, no es la ira contra Agamenón, en la que Aquiles ve una ventaja, cierto como está de que el soberano, para aplacarlo, no escatimará gasto: y tan es así que trata de enfurecerlo más, para que la ganancia sea mayor: la μήνις, el furor, el obscurecimiento de la razón, son consecuencia de la muerte de Pátroclo.

No quiero fastidiarla más.

El destino de Aquiles, según sus mismas palabras, es doble: una larga y oscura vida, retirándose del campo, o, permaneciendo en él, una segura muerte, pero una gloria inmortal (IL. IX, 410-416). Platón dice, pues, que toda la Iliada consiste en inducir a Aquiles a preferir la gloria a la vida, lo que no puede suceder si su razón no se obscurece.

Ningún poema, ninguna tragedia, excepto el Edipo de Sófocles, tiene tan perfecta unidad de acción.

Ahora no le será difícil entender la perfección y belleza de la prótasis, y comprender como Aristóteles admiraba sin reparo la Iliada, desde este punto de vista.

"La ira canta, Diosa, del hijo de Peleo Aquiles, funesta".

Note primero. Si hay dos palabras relacionadas, como aquí ira de Aquiles, la primera palabra está puesta al principio del verso, y la segunda al final: "funesta".

De los versos que siguen, el sujeto es ira y no Aquiles.

Vd. sabe que el relativo encierra una conjunción y un pronombre. La conjunción es casi siempre copulativa, pero puede ser también cualquier otra; así, aquí "la cual" vale "porque ella", "por cuanto ella". "Funesta, la cual infinitos pesares dió a los aqueos". Todas las veces que δε no corresponde a un μεν, como aquí, sirve para significar que se introduce una idea nueva. Con δε el poeta marca aquí las particiones del poema, que son las siguientes: 1.º precipitó antes al Hades muchas fuertes almas de héroes.

Aquí ya desde el renacimiento se disputa sobre el sentido de antes, y Zuretti, que recogió todas las interpretaciones, concluye diciendo que ninguna satisface.

Monti traduce: muchas antes de tiempo precipitó, etc....



La prótasis debe indicar todas las particiones del poema, aunque más no fuera, con una palabra.

El sentido de aquel "antes" hay que buscarlo en el poema mismo.

Para comprenderlo no hay que olvidar que ira es el sujeto y no Aquiles, y recordar el momento supremo en que Aquiles jura no comer ni beber antes de haber vengado la muerte de Pátroclo con la de Héctor; recordar el grito de su madre: "Pero a la muerte de Héctor seguirá la tuya; pues tal es el secreto del hado", y Aquiles acepta la muerte con tal de vengar a Pátroclo; tan ofuscada está su razón por la ira.

Es, pues la ira la que precipita a Aquiles al orco, pero después de haber dado muerte a Héctor y a muchos troyanos. Esto es el sentido de "antes".

2.º E hizo a ellos presa de perros y de todas las aves de rapiña. Aquí otro *quid pro quo* inexcusable.

Refieren "ellos" a los héroes: "precipitó muchas almas de héroes al Hades, e hizo a ellos (a los héroes) presa de perros y de todas las aves de rapiña.

Fóscolo fué el primero que de estas palabras dedujo el liberalismo de Homero: "Le saca el alma a los héroes y hace a los héroes presa de perros, etc.". ¿Qué puede significar?, se pregunta el buen hombre. Es que para Homero —contesta— el alma no cuenta nada, si no diría: precipitó al Hades muchas almas de héroes, e hizo sus cadáveres presa de perros, etc....

Esta absurda conclusión se encuentra después en críticos alemanes. Es una torpeza sin igual e inexcusable, porque pocos versos después hallamos "ellos" (αὐτοὺς) usado del mismo modo.

Apolo, con sus flechas, siembra la peste en el campo griego "y antes (δὲ) hiere a los perros y a los mulos, y después a 'ellos'".

El poeta indica las muchedumbres (de los soldados, en este caso) con el pronombre 'ellos'. Sólo los héroes tienen nombre. Ellos (αὐτοὺς) se opone a héroe: y ningún cadáver de héroe, ni el de Héctor, es presa de perros y aves de rapiña.

Si el alma no contara nada, no diría: "precipitó al Hades muchas valiosas almas de héroes", no atribuiría valor al alma.

El fin del poema es indicado con las palabras: "y (δέ) el consejo de Zeus se cumplía". Y aquí otros disparates, pero en este caso el



error débese a la autoridad. Ya para el autor de los cantos Chiprios el consejo de Zeus era un misterio. Müller (el padre de la historia literaria griega) busca el consejo en un detalle del canto VII (v. 970 y sig.); mas allí revela Zeus a Hera el decreto del Hado, y no da ningún consejo.

El consejo o, mejor, la propuesta de Zeus es la de ordenar a Aquiles, por medio de su madre, que devuelva el cuerpo de Héctor.

Naturalmente, en la estructura de un poema se reflejan las ideas del tiempo.

Una de éstas es la que mueve al Emperador Juliano a combatir el cristianismo: un pueblo no podía ser vencido si antes no eran derrotados sus dioses. Dice Juliano que no muere un pueblo mientras vivan sus dioses, y que no sobrevive a ellos. Adoptar el cristianismo era, para Roma, subscribir y firmar su muerte. Esta misma idea impulsa a que Constantino buscara una nueva capital para el imperio.

En Homero se traduce esta creencia en la guerra de los dioses troyanos y griegos. Por lo mismo, Augusto y Tiberio admitieron en Roma a todos los dioses, y el Panteón de Agripa lo atestigua.

De Tiberio cuenta Tertuliano que admitió entre los dioses romanos también a Cristo.

La guerra al cristianismo, como al catolicismo, nace de no admitir ellos otra religión, y lo mismo dígase del judaísmo. Para los judíos su patria es su religión; así que ni las persecuciones ni la dispersión han podido borrar esa nacionalidad.

Hoy se verifica para ellos la profecía de Isaías. Habla el profeta de la dispersión de los judíos entre todas las naciones de la tierra, habla de riquezas infinitas, pero, dice, una nación extranjera los llamará a Jerusalén desde todos los términos de la tierra.

Es el sionismo.

Dígase lo mismo de lo sobrenatural en Homero, que se refleja todavía en el hablar del pueblo, como el sistema tolomaico.

Lo sobrenatural era lo que interesaba entonces, la más grande fuente de interés, como lo es todavía, a pesar de la apariencia.

Hoy lo sobrenatural entra en las novelas en forma de coincidencia.

FRANCISCO CAPELLO.

## “CÁNTICO” DE JORGE GUILLÉN (1)

Es cuestión ya antigua si los no poetas tienen algo útil que decir acerca de la poesía, sobre todo acerca de la poesía más actual, sin dificultades de intelección —fijar el texto, declarar alusiones recónditas, bucear en fuentes, y demás maquinaria interpretativa—. Creo, a pesar de todo, que tiene sentido ocuparse en tal tarea, pues de lo contrario la poesía quedará confinada al estricto círculo de los inspirados o a la silenciosa reverencia de los lectores prosaicos. Aunque los escollos son peligrosos. Es, en efecto, difícil sortear lo latoso, lo ingenuo, innecesario o pedantesco al ir a expresar la simple vivencia de un lector comunal. Cuando hablo de poesía siempre me viene a la mente un pasaje de “El Mágico Prodigioso”, la escena en que Cipriano cree, al fin, ir a estrechar en sus brazos la nívea y encendida armonía del cuerpo de Justina:

“Mas ¡ay infeliz!, ¿qué veo?  
¡Un yerto cadáver mudo  
entre sus brazos me espera!  
¡Quién en un instante pudo,  
en facciones desmayadas  
de lo pálido y caduco,  
desvanecer los primores  
de lo rojo y lo purpúreo?”

Al leer “Cántico” de Jorge Guillén percibimos insospechadas resonancias, se hacen patentes nuevos aspectos de la vida en torno, des-

---

(1) Doy aquí, con numerosos cambios, el ensayo publicado en inglés al frente del libro, *The Poetry of Jorge Guillén*, by Frances A. Pleak, Princeton University Press, 1942.



gastada por la inercia de lo consabido y lo con-sentido. Mas, ¿cómo expresar lo que experimentamos con palabras distintas, que no sean las del autor? Cualquier análisis lleva fuera de la poesía misma, sea que penetremos en la forja sentimental del artista, o que escapemos por la tangente de una trascendencia lógica, conceptual, como si dijésemos, por ejemplo, que en sus odas Luis de León "huye del mundo". Porque el huir del mundo ha acontecido a muchos, antes y después de Fray Luis, y es ilegítimo rotular genéricamente una determinada poesía —unicidad en que se traban inmanencia y trascendencia. Sería, por otra parte, inadecuado recurrir a expresiones emocionales, a exclamaciones gesticulantes, equivalentes a la tautología de declarar que la obra de arte vale porque es valiosa.

El esencial inmanentismo de la obra lírica ha venido inspirando el credo de los puros artistas y del ahistoricismo de B. Croce, como sana reacción contra los excesos de la seudohistoria literaria —biografismo, fuentes, datos, ideología, versificación formal, etc.—, con lo cual se escamotea lo irreductible de la obra de arte, es decir, los blancos sucesivos alcanzados en un alma en trance de vivirse plenamente, contemplativamente, olvidada de disquisiciones conceptuales. Hay filisteos que juzgan esto una frivolidad sensible, o en todo caso, una actitud no digna de ser reflejada en publicaciones doctas.

Siendo justa tal reacción, ¿no habrá a pesar de todo un equívoco en la total repulsa de cuanto exceda de la página literaria misma? Sospecho que el mal no yace tanto en recurrir a la historia peri-artística como en no mirarlo como legítima perspectiva, ya que lo artístico no escapa al hecho de vivir en perspectiva, desde y hacia un mundo, según se sabe; Nietzsche, Dilthey y Litt lo hicieron ver en tiempos ya lejanos. El punto delicado es que lo artístico en la perspectiva de la obra de arte puede ser tan "inefable" como lo artístico de la página literaria, si bien no es menos verdad que al renunciar a aquélla se reduce la obra a potencial pieza de museo, y el museo no es sino un magnífico "qué le vamos a hacer". En el caso del artista contemporáneo ocurre que vivimos en su atmósfera, por lo menos parcialmente, y su perspectiva se nos hace sensible, y podemos renunciar a hablar de ello por demasiado evidente. Pero a medida que la perspectiva se angosta o se desvanece, la creación humana va sumiéndose en la arqueología, hasta encallar en la prehistoria, frontera angustiosa del misterio y de lo



irrebasable. No renunciemos, por consiguiente, a las circunstancias de la obra (el autor es una de tantas), mas guardémonos de aceptarlas como materia bruta o anecdótica, preartística o semiartística, en lugar de procurar integrarlas en la totalidad ideal, —siempre problemática—, de la producción poética.

Confinarnos en lo escrito, sin proyectar lo que leemos y sentimos en el tiempo y espacio humanos, sería como condenarnos a contemplar el árbol prisionero en el asfalto de la acera, sin licencia para integrarlo en el lejano bosque, que tal vez añora, como una bestia silente y parálitica entre barras de jaula. Cuando el gato doméstico y ronroneador se apresta súbitamente a lanzarse sobre el pájaro inerte, dijérase que un soplo de la "jungle" tensa sus musculillos acerados en aquel ambiente de hermética burguesía. Quien más, quien menos al contemplar la obra de arte se encuentra, como puede, en una proyección a lo Marcel Proust. Al cabo de unos años, quien lea a García Lorca, lo vivirá en el museo de sus libros; hoy, al leer uno de ellos, se lo oigo recitar con el acento vivaz y quebrado de los campos aledaños a Granada, con gesticulación y movilidad exuberantes; o lo veo representar en una escena íntima, o tocando el piano para acompañar el tenue canto de Argentinita; o sumido plenamente en su arte, trasponiendo en clave exquisita los aires de ingeniosa tragedia que batan la vega granadina desde cualquier rincón del horizonte. Su muerte y su vida le precipitaron hacia un mismo vértice.

Si García Lorca fué, es, desborde de luces y sonos, rezumar de fruta jugosa mordida en sazón, Guillén es lo escueto, lo exacto, la estricta vigilancia para alcanzar una meta, ni más acá, ni más allá. Arquero fiel a un destino, con provisión limitada de flechas, cada una de las cuales ha de herir en su flanco el misterio de lo poético, cumpliendo la proeza perfecta e insuperable. La voz de Guillén es delgada, su decir correctísimo y mesurado en anticipo de firmeza de alma. Su proceder en la vida, limpio y sin tacha, indigno de poseer enemigos. No siente gusto por luchas y bregas exteriores, sino por el concentrado ejercicio poético, en el cual se adentra desde maitines a completas. Una cortesía de vieja cepa le hace mostrarse atento y hasta complacido frente a intereses vitales que él no comparte. Guillén, arquero urgido por su menester y obligado a economizar disparos. Tomando su obra como punto de arranque para remotas trayectorias, la senda se haría



borrosa hasta no llegar al siglo XVI —la mística y Garcilaso—, aunque el yo poético de Guillén, sustantivado y aéreo a la vez, sólo es pensable en las complejidades psíquicas del siglo XX.

No es mi propósito aventurarme ahora por tales sendas. Al intentarlo tropezaríamos con el mismo problema que nos asalta al leer la poesía de autor y tiempo ignorados: lo vivido se marchita al tratar de conceptualarlo, y por más que se haga, no salimos de nosotros mismos. Se lograrán no más que vislumbres. El error positivista es pensar que con datos se ganan más esenciales claridades, cuando lo que se debe intentar es una ampliación de la perspectiva artística, si es que podemos.

Pensar es una manera de combate con el objeto que nos salga al paso. Es lástima que no sea verdad que en latín antiguo *tongere* significase a la vez (según algunos pretendieron) “tener buen conocimiento de algo” y “vencer”. Todos saben que *objeto* procede de *obicere* que, en la expresión *obicere fores*, valía “dar a uno con la puerta en las narices”. Ahora bien, lo poético no es ningún objeto que se oponga a nosotros y que haya que vencer mediante su conocimiento, sino meramente un sistema de valores organizados, los cuales se entran sin pedir licencia como para insertarse en el hueco de una necesidad previamente sentida. De otro modo se nos escapa. El objeto para ser nuestro ha de ser conquistado; el valor poético se entrega con tal mansedumbre que llega a crear la ilusión de ser nuestro desde siempre. Como generosa compensación de la brega del conocer, Dios vertió sobre sus dilectos la lluvia graciosa del valor poético, como un revivir de la experiencia del artista. Después de todo, la idea teológica de la “gratia” incluiría también lo que la filosofía del siglo último denominó valores. La gracia requiere, en efecto, ciertos dones para ser recibida, y así es posible que la poesía de Mallarmé, pongo por caso, sólo sea valiosa para unas pocas gentes. Durante siglos el arte de Góngora fué tildado de nihilismo poético por legiones de “infieles” a la auténtica poesía.

Carece, por consiguiente, de sentido preguntarse por el valor de una obra poética si aquél no se presenta con inmediata evidencia. Es verdad que entre estos infieles, lo mismo que entre los demás, ocurren



conversiones. Si se mira el fenómeno, sin embargo, se percibirá que su origen remonta a fuentes distintas de las artes poéticas; se trata más bien de un desvío en el rumbo total de la vida, privada o pública, no de simple pedagogía literaria. Olvidando el "snobismo", que dice le gusta lo que en verdad no le importa.

No caben reglas ni principios. Incluso acontece no coincidir siempre el ser docto en estética o sabidurías literarias con la capacidad de vivir, de gozar plenamente en lo que se dice "saber", tara que no impide a una persona insulsa, o zafia, componer una llamada historia literaria, aumentando así los crímenes contra el espíritu en esta era de la inmodestia, irrespetuosa de los deberes. Pocos se dan cuenta de que las teorías sobre arte o literatura, manejadas sin cautela, pueden volatilizar lo irreductible de lo poético, cuyo concepto pertenece a un mundo distinto (justificado como ciencia) del de la efectiva experiencia dada en el acto contemplativo del arte, que es integralmente humano y no sólo racional. Se trata de algo semejante a ser conspicuo teólogo y a la vez un mediocre cristiano, hecho que explica la presencia de muchos de aquéllos en el infierno (descanso en el testimonio de Quevedo) y la segura estancia en el cielo del dulce Fray Junipero, el de los "Fioretti", que cocía las gallinas sin desplumarlas. Lo poético, como concepto, cubre lo excelso y lo mediocre, y lo mismo vale de categorías tales como géneros y generaciones, corrientes de cultura, etc., si no se funden vitalmente con el radical y último encanto de una determinada página, que se arruga desesperada ante el intento de generalizarla. Si no se olvidaran tan elementales verdades, es seguro que Emil Ermatinger, al prologar una excelente colección de estudios técnico-literarios (*Philosophie der Literaturwissenschaft*, 1930), habría tomado más precauciones al escribir que "los estudios más recientes muestran una perfecta carencia de precisión en cuanto a los más sencillos principios lógicos (?) del juicio literario. Lo que es sorprendente en una época en que la palabra filosofía se encuentra constantemente en la boca de quienes, en un modo u otro, se interesan en la vida del espíritu". Lo cierto es que con tanta industrialización universitaria de las fuentes espontáneas del vivir, con la fatal divergencia entre vida y "cultura", estamos llegando al grave punto señalado por Quevedo, gran zahorí del no ser: "Hay muchas cosas que



pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura”.

Los versos de Guillén son para no muchos lectores, y nunca alcanzarán extensa popularidad. No porque en su obra ocurran vocablos extraños o alusiones recónditas. Para interpretar a Góngora, el gran raro del siglo barroco, fueron necesarias la erudición y la sagacidad de sus contemporáneos y las de los nuestros. Mas las tersas líneas de Guillén apenas irradian referencias a nada complicado o misterioso, ni manan de un alma rota ansiosa de remediar su rotura en lo sibilino. Su alma se repliega cándidamente dentro de sí misma, temerosa de alejarse del primer bullir del manantial poético. No hay acción, no hay anécdotas ni emociones previamente catalogadas. Lo difícil es aquí, sencillamente, lo poético de la poesía. El autor ni sintió afán por singularizarse, y si resulta singular es porque necesariamente tiene que serlo. Como nunca conviene ahora el pasaje que a veces cité, del viejo y prodigioso romance:

“Yo no digo esta canción  
sino a quien conmigo va”.

Versos extraños y asequibles, muy remotos y a la vez intuibles en un destello. Para otros versificadores el mundo se halla ahí, incluso en el confuso automatismo de la subconsciencia, que el superrealista trata de captar en las imágenes que le surgen. Mas el mundo de Guillén, tenue de objetividad y hasta de simbolismo, no se ofrece en saltos que hagan perder al lector el hilo y el tino. Claro es que la secuencia y enlace de la expresión no siempre es objetivable en lógica, por no referirse sino a un “casi nada” narrable. Es excepcional el poema “Salvación de la primavera”, tejido sobre un fondo de posible materialidad humana:

“Henos aquí. Tan próximos,  
¡Qué oscura es nuestra voz!  
La carne expresa más.  
Somos nuestra expresión.

.....

Pero más, más ternura  
Trae la caricia. Lentas,  
Las manos se demoran,  
Vuelven, también contemplan". Etc.

Aunque puedo errar, diría que este trozo no se halla a nivel con el resto del libro. En poesía, siento toda referencia a lo sexual —por sutil y remota que sea— como algo archimilenario, como abrupto zarzal que obstruye el imposible único que aguardamos. Todos se sienten algo poetizantes en la materia, y ello crea embrolladas y pobres interacciones entre lector y autor. ¿Qué no fué ya vivido, dicho y sentido en torno a la pobre carne palpitante, en hecho, palabra, color, piedra y hasta sonido?

Estimaría cumbre de "Cántico" todo motivo conexo con la angustia y la alegría de la luz percibida en pura inocencia, junto con el anhelo del instante poseído en ansia de eternidad. Ahí es el autor dueño exclusivo de sí mismo, del marco, del dibujo y del colorido, sin temor de fáciles concurrentes, en total vivencia de insuperadas bellezas. Es incalculable hasta dónde alcanza el poder creativo, sin más trebejos que espacios vacíos, perfiles limitadores de infinito, luces de alba, nadas del ante-ser y del post-ser, y un tiempo cuya esencial tarea es cazar el instante, flechado y tembloroso en limbos de eterno futuro:

"¡De nuevo impacientes,  
Los goces de ayer  
En labios con sed  
Van por Hoy a Siempre!

.....  
¡Oh prodigio! ¡Virtud  
De lo blanco en el aire!  
Todo el aire en realce:  
Desnudez de su luz.

.....  
¡A largo amor nos alce  
Esa pujanza agraz  
Del Instante, tan ágil



Que en llegando a la meta  
Corre a imponer Después!

Sería preciso transcribir casi todo el volumen. A veces el fenómeno dado en la fantasía y la expresión de la espontaneidad sensible se presentan con escasa ilación, que hay que suplir ligando aquélla al ansia de ver y de transver, de ser y de existir, ungida por candores de alborada, estremecida por una consciente y adámica sorpresa. La secuencia de esos extasiados asombros presta interna unidad a los mejores poemas. De ahí que los veinte versos de "Niño" carezcan de un solo verbo:

"Instante sin historia,  
Tercamente colmado  
De mitos entre cosas:  
Mar solo con sus pájaros".

La expresión y la imagen son de tal ingrátida transparencia, que junto a "Cántico" la poesía más audaz y más rompemoldes de nuestros días parece... burguesa, cargada de nociones referibles a esto o aquello en la experiencia usadera, aunque lleven por otra parte a un orbe de legítima poesía.

Para la mayoría de los poetas el mundo está ahí, dado en sus elementos primarios, si bien luego éstos puedan combinarse del modo más heteróclito. Guillén, en cambio, se sorprende ante algo que todavía no es enteramente mundo ni experiencia de él, algo como el inasible momento entre la intención creadora y el hecho de lo creado —es decir la sorpresa entre la nada y el ser—. Quizá el adecuado título para la totalidad de "Cántico" fuese "Tránsito", dado a uno de sus poemas.

No se entrega el autor a la amarga delicia del nihilismo —como un Quevedo o un Kierkegaard—, ni al deleite con que Góngora virtualiza la fuga de una realidad —convertida ya en añicos por la edad barroca—, en vuelo de metáforas y brillos deslumbrantes. Nos hallamos igualmente lejos del abandono del místico, ya que esta poesía se mueve entre el más allá y el más acá, sin afincar en ninguna de tan extremas zonas. Consecuencia de todas estas singularidades es



la escasa productividad de Guillén, forzado por la perfección a ser parco, a menos de mudar la clave de su severa melodía.

No esperemos, a pesar de ello, ninguna trascendental meditación que averigüe nada aprovechable para el razonamiento. Si el autor hubiese conocido a Kierkegaard (no puesto en lenguas accesibles para él antes de la publicación de "Cántico"), alguien podría percibir ecos indirectos de "El concepto de angustia": "El instante designa el presente sin pasado ni venidero; en esto consiste la imperfección de la vida sensible. Lo eterno designa también el presente sin pasado ni venidero, y en esto consiste la perfección de lo eterno" (Trad. de P. H. Tisseau, pág. 139). Mas se trata de un contacto casual e inesencial. La "angustia" de Guillén — toda poesía vive a base de ella — descarga en alegre esperanza, y en nada recuerda la del torturado de Copenhague, portador de una "astilla en la carne" y presa de la insoluble disyunción Job-Hegel, lo absurdo y lo lógico. Que "Cántico" sea posible sólo en nuestro tiempo es otra cuestión, una cuestión de "perspectiva histórica" en que no cabe entrar. Nuestro frágil poeta se estremeció un buen día al percibirse existiendo, ni lejos ni cerca del mundo, sino en el centro de un instante, que de único y fugaz se convierte para él en un "continuum", en un eterno poético, en el que consigue hacernos morar. Estamos lejos de la desesperación romántica e incluso de la emoción de soledad, porque el solitario se considera tal respecto de aquello que le hace sentirse solo. Mas "Cántico" vive el absoluto instante existencial en pura inmanencia emotiva. Las vías hacia todo lo demás se desvanecen.

La poesía de "Cántico" se cimenta en abstracciones, visualidades (por ser lo más próximo al espíritu entre las sensaciones), aspectos:

"El cielo, de color ya casi abstracto,  
Confina, aunque ideal, con la arboleda,  
¡Oh masa de figuras sin memoria,  
Oh torpe caos! Todo es remoto.  
Lo gris relaja al árbol, ya inexacto".

Un extranjero quien sólo conociese el vocabulario de "Cántico", se vería muy apurado para caminar por este mundo, producto de la multiplicación de los cinco sentidos por los siete pecados. Es, pues,



natural que el libro se acepte como una liberación, como un justificado "portus quietis". Accedemos complacidos a dejar lo firme y evidente, las imágenes de lo gustable y besable —deleite de innumerables poetas— por estos logaritmos de los sentidos, tan seguros y legítimos como los otros. Entregamos el manoseado billete a cambio de un oro espectral, y en el insensato trueque nos sentimos enriquecidos. La liberación poética no acontece solamente cargando de "pathos" y metáforas la idea y la representación, sino que, a veces, hasta se nos da el proceso en que la poetización se va fraguando. Imaginemos un prestidigitador que nos encantara con su sorprendente manipulación, descubriendo simultáneamente como la lleva a cabo. Con celestial candidez el poeta se (y nos) sitúa en el mismo centro del devenir poético.

He aquí la sorpresa ante el advenimiento de la luz matinal (el subrayado es mío):

*"Intacto aún, enorme  
Rodea el tiempo... Ruidos  
Irrumpen. ¡Cómo saltan  
Sobre los amarillos.  
Todavía no agudos  
De un sol hecho ternura  
De rayo alboreado  
Para estancia difusa,  
Mientras van presentándose  
Todas las consistencias  
Que al disponerse en cosas  
Me limitan, me centran!*

.....

*Todo etá concentrado  
Por siglos de raíz  
Dentro de este minuto,  
Eterno y para mí.*

Y sobre *los instantes*  
Que pasan de continuo,  
Voy salvando *el presente*:  
*Eternidad en vilo.*

.....  
Ser, nada más. Y basta.  
Es la *absoluta* dicha.  
¡Con la *esencia en silencio*  
Tanto se identifica!

.....  
Soy, más: estoy. Respiro.  
*Lo profundo es el aire.*  
La realidad me inventa,  
Soy su *leyenda*. ¡Salve!

He subrayado las palabras que corresponden a los más vivos destellos de un ánimo transido de poesía. El artista comienza a liberarse de su "nada" inicial. El mundo, la poesía y el poeta quieren principio. Jorge Manrique despierta al alma y la sume en el fluir moral; Guillén, en atisbos de luz, porque no escasa historia ha transcurrido entre ambos hombres. El mundo estaba ya para Jorge Manrique; en tanto que para Guillén es un "Génesis", aunque sin pecado original.

La superación, la liberación de la nada previa se inicia sobre un fondo informe, un tanto agresivo: "tiempo *intacto, enorme*; ruidos irrumpen". Nos acercamos luego al tema supremo, al instante esencial, que se anuncia como algo vago e indeterminado en una expresión incolora: "al disponerse en *cosas*", señal denunciadora de que no importa mucho cuanto cae más acá del instante divino. Con cuánta minuciosa dulzura, por el contrario, se describen los fenómenos próximos al punto maravilla: "¡Cómo *saltan* (palabra de brío inicial) sobre los *amarillos* (color tenue, símbolo de indeterminación, aquí como en otros pasajes) todavía no agudos de un sol hecho *ternura* (la del poeta) de rayo *alboreado* para estancia *difusa*". (Lo difuso alude a la oquedad previa y vacua, a que dará existencia lo alborado). La alegría creadora se orquesta en riquezas y matices expresivos, antes de surgir las cosas, pesadas, descuidadas por la emoción.



traicionada aquí, lo mismo que la voz vibra de un modo al dirigirnos al ser que adoramos, y de otro al tratar con la persona indiferente.

Caricia de "este minuto, eterno y para mí", ansiosamente abrazado con temor de su fuga. Minuto presente llevado "en vilo", en el aire, lo *profundo*, por ser el aire lo menos cosa posible. Ingrávido en tal aire, el poeta se siente, ahistóricamente, una *leyenda*, carente de tiempo y espacio vitales, engarzada así a la misma eternidad del instante. El poeta se inventa él en la forja de su poesía. Para el divino juego todo es "partner": el ánimo, la emoción, cada palabra.

Poesía no fácil, aunque patente, una vez logrado su denso sentido. La secuencia se logra mediante acordes y cadencias afectivos, como en esos idiomas en que las modulaciones del tono reemplazan los acentos de intensidad. Estamos lejos del sismógrafo superrealista que registre el caos oscuro del subsuelo de la conciencia. Ni es el navío de Guillén un "Bateau ivre"; su espíritu castellano está sostenido por siglos de ordenado vitalismo, un orden a su modo, naturalmente. El mundo no es lo ya dado e inexorable, sino lo creado en un impulso de ternura inicial:

"¡Dádiva  
De un mundo irremplazable!  
¡Voy por él a mi alma!

.....

Es la luz del primer  
Vergel, y aun fulge aquí;  
Ante mi faz, sobre esa flor  
En ese jardín".

Desde la nada del preexistir, el alma se sume en un mundo de destellos aurales que nunca atardecen.

La versificación de Guillén es esencial para su módulo poético, no ornamental o accesorio. Concepción artística, palabras y versos son un bloque indivisible. Usa mucho la asonancia, como las viejas gestas y el Romacero, cuyos versos se deslizaban por las rimas para entorpecer lo menos posible la andadura del cuento maravilloso, al

compás de una sencilla y monótona melodía. Los motivos para esa simplicidad son muy distintos en "Cántico". Ante todo el poeta no ha querido revolucionar nada que pudiese semejar accesorio, y lo singular de su experiencia y de su feliz expresión le autoriza a recurrir a ritmos tradicionales, cosa siempre hacedera entre gente hispana. Pero la razón profunda para las asonancias es situar la poesía en tiempo de fluencia, de progresión anhelosa en busca de instantes, de límites. Los consonantes hubieran trabado ese proceso ineludible. Así, pues, lo que en la épica era fluir de acción, es aquí puro discurrir de la intención poética, escueta y desnuda, perceptible en pasajes como éste:

"De prisa, que enfrente  
La verja franquea  
Su reserva! Huele,  
Huele a madreSelva",

tomado de la poesía "El Sedito". Un día abrasante, quizá en Sevilla. Furor de un aire en silencio. Nos dirigimos a una de esas casas andaluzas cuya puerta, al abrirse, desborda la frescura de un patio embalsado por el perfume de la madreSelva. La emoción de fuga del horno exterior se desliza por la fácil rampa de la asonancia y el verso. Ansiamos el agua, la logramos, y entonces el proceso huidizo se detiene, e incluso la rima se atenúa (*éxtasis-bebe*):

"¡Ah! Reveladora,  
El agua de un éxtasis  
A mi sed arroja  
la eternidad. —¡Bebe!"

Hemos llegado al punto único del presente existencial, a la vez de eternidad y éxtasis.

La contraprueba de la significación de la asonancia se logra analizando los casos de consonancia. Uno de los más bellos momentos en "Cántico" es el soneto "Unos caballos", regular en su estructura. En el teatro del siglo XVII el soneto estaba reservado a los soliloquios; detenida la acción, el personaje se encerraba en sí mismo protegido por un enrejado de rimas. Pues bien, Guillén usa el soneto en una experiencia de reposo transcendental, de quietud paralítica:



"Peludos, tristemente naturales,  
En *inmovilidad* de largas crines  
Desgarbadas, sumisos a confines  
Abalanzados por los herbazales,  
Unos caballos hay. Etc.

La visión integral del compacto tema se proyecta sobre una naturaleza inerte, como es siempre para el autor el mundo de que surgirá la suprema liberación, en un evadirse hacia lo eterno. Mundo aun sumido en pesadez soñolienta:

"Velan soñando sombras las pupilas".

Y es muy significativo que esos caballos, fundidos en su pasto y en el horizonte, encaminen todo su ser hacia lo puntiagudo de las orejas, antena de evasión que apunta hacia eternos destinos:

"Ahí están, ya sobrehumanos".

Todo ello nos sitúa ante un ejemplo más de la permanencia incansable de lo hispánico, la busca de lo integral, de lo infrangible humano, que desde el Poema del siglo XII se desliza sin vacíos hasta el presente, con tenacidad inquebrantada. Mas todo son conceptos que abrazan lo general, o reiteraciones de lo singular de "Cántico", dicho ya en él de una vez para siempre. Al historiador de lo artístico sólo le es dado el deporte de evocar bellos espectros, con la agravante de que en tal deporte acaba por conseguirse no escaso placer. Cada uno se divierte como puede.

AMÉRICO CASTRO.

*Princeton University, enero de 1943.*

## LAS COORDENADAS DE UNA POLÍTICA EDUCACIONAL (1)

1. - *Tres dimensiones.* — El pedagógico es uno de los múltiples problemas sociales, difícil de resolver con propiedad, si no se le considera en conjunto y en función con los otros. Los colegios han de responder a las necesidades auténticas, presentes, imperativas de una sociedad determinada, para que sean capaces de influir en la morigeración, desarrollo y destino de tal sociedad. Los organismos didácticos que complementan o corrijen la obra formativa del ambiente, se esterilizan si no guardan con él una armonía de fines y una colaboración de medios. La organización docente europea respondió a dos exigencias: la humana y la nacional. En cuanto es humana, nos ajusta; en cuanto regional, no, porque los pueblos americanos son esencialmente diversos de los de Europa Occidental. El mestizaje étnico y social inconcluso, del que derivan: el tipo inferior de vida hogareña, la desintegración familiar, el complejo de inferioridad y el ausentismo; *la población insuficiente* para el área de que disponemos; *el bajo nivel de vida de las masas*; *la economía de factoría* y el régimen político de *pseudo-democracia* son características sociales específicamente iberoamericanas. No se han dado semejantes desde hace muchos siglos en Europa Occidental, de donde obtuvimos las normas de nuestras escuelas.

Con miras hacia un armónico consorcio entre la sociedad y la didáctica, en cada país iberoamericano, habrá que añadir al panorama que hemos bosquejado, indicaciones más prolijas: trazar, por así decirlo su mapa socio-económico, que debería incluir:

---

(1) Capítulo del libro "Bases de una Política Educacional", en publicación.



- a) Características geográficas de las diversas regiones; la posición del hombre en ellas; datos sobre las faenas productivas, comercio e industrias actuales, aquellas susceptibles de fácil desarrollo o que se hallen incluidas en el plan de fomento de la nación; medios de transportes, vías de comunicación, servicios de utilidad pública, etc.;
- b) Los tipos de nivel de vida en las diversas regiones y en las diversos estratos sociales, sus características, sus defectos, sus cualidades y sus posibilidades de progreso;
- c) Los planes políticos de la nación en conjunto: cuáles son los anhelos del país como entidad soberana, a qué destino tiende la raza, qué papel característico puede, desea o debe desempeñar en el concierto de las naciones organizadas.

Hasta aquí, *una* de las dimensiones del problema; la segunda, son los *objetivos permanentes* de la tarea educadora, y la tercera el *propio sujeto enseñado*. Es decir, la política educacional ha de afianzarse en estos tres sillares: sociedad, ideales de vida (que son idénticos a los de la educación) y condiciones psico-fisiológicas de *esta* niñez, adolescencia y juventud. ¿Qué precisa nuestra sociedad de su generación joven? ¿Qué necesita vitalmente? ¿Y qué puede esperarse de la reacción juvenil?

2. - *Ideales permanentes*. — Educar es un proceso doble: implica, por una parte, ayudar a desenvolver la personalidad: la clásica tarea de Sócrates: auxiliar a que los espíritus den partos al mundo que, si “no le colmen de maravilla y de contento”, por lo menos faciliten el camino de la belleza, el bien y la verdad. Por otra, es colocar al individuo en posesión de todo cuanto le ayude a una vida mejor, que conserve, acreciente y depure los valores espirituales heredados. Es, en otras palabras, incorporarle a la civilización en todo cuanto ésta encierra de fecundo porvenir para la especie humana.

Cultura, educación y mejoramiento humano convergen, por lo tanto, a idéntico fin. La sociedad necesita que la escuela se incorpore en ese conjunto de aspiraciones, que colabore en perpetuar, mejorar y ennoblecer la especie. Dentro de este criterio, los objetivos docentes podrían resumirse así: la escuela debe ayudar al hombre a crecer,



multiplicarse y progresar; para lo cual, fundamentalmente es preciso habilitarle para vivir, subsistir, convivir, crear y crear.

*Vivir.* — Antes que nada y más importante que todo, es que el niño crezca psicológica y fisiológicamente sano, capaz de un íntegro desarrollo normal. ¿De qué le valen los mejores planes y los más adecuados métodos, si el niño enferma, vive medrosamente o muere? Lo fundamental es que llegue a ser un hombre o una mujer cabal.

Un trabajo intelectual que se anticipe a su posibilidad de abstracción, la disciplina escolar, cuando es opresora, el recargo de tareas, la mala distribución de las horas de descanso y de labor intelectual y, sobre todo, el obligarle a memorizar o repetir nociones que no puede comprender dada su edad, son parte a lesionar y deformar su espíritu <sup>(1)</sup>.

Egresamos de las aulas a la vida adulta y no nos percatamos de cuán honda ha sido su influencia en nuestros hábitos cotidianos. Quién se reconoce poltrón, a pesar de que intelectualmente ha aprendido la necesidad de frecuentar los ejercicios físicos y se conforma con diferir su trato para un "mañana" que sabe sinónimo de nunca. Quién descuida su higiene personal, por más que comprende las deletéreas consecuencias. Quién es ligero y superficial en su manera de encarar los problemas urgentes de la vida a pesar de su inteligencia que le avisa los escollos de tal actitud. ¿Hasta dónde esos hábitos son fruto de tendencias heredadas o adquiridas, y hasta qué punto es responsable el colegio?

La salud completa: física y espiritual, es la única fuente de Juvenia que esté al alcance de la mano más humilde. En algunos, es un don. En otros, es el producto de una serie ininterrumpida de pequeños y constantes esfuerzos a lo largo de muchos años. Si la escuela ha de ser una preparación para la vida íntegra, ha de comenzar por facilitar tal plenitud al educando y tener ése como su primer deber y fundamental objetivo.

b) La segunda finalidad es ayudar al niño a subsistir en un de-

---

<sup>(1)</sup> Sobre la importancia del cuidado de la salud, véase el discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, de la Universidad de Chile, de don Maximiliano Salas Marchán, "Reflexiones educacionales en torno de nuestra situación social". Revista "Atenea", Concepción, Chile; tomo LVII, marzo de 1942, págs. 30 adelante.



terminado medio físico y en esta sociedad basada en el trabajo y en la producción económica. Vivir y subsistir se complementan, porque no se alcanza una existencia sana y plena, si faltan los recursos materiales para subsistir con higiene y decencia. *Tan fundamental como enseñar a cuidar la vida es iniciar en el uso de las técnicas que ayudan a subsistir decorosamente.*

Dicho en otros términos: vida y trabajo son inseparables en nuestra sociedad moderna. La escuela ha de atenderlos *desde que ingrese* el niño, enseñándole a estimarlo y honrarlo, cualesquiera que sean sus manifestaciones, y ejercitándolo en aquellos compatibles con su edad, su ansia de juego y con el vuelo ilusionado de su imaginación.

Imaginando y jugando ha de aprender, pues, junto con las letras, los rudimentos del dibujo y de esas faenas manuales a que después nos referiremos más extensamente, cuando nos ocupemos de la escuela y la familia.

c) El tercer objetivo fundamental de la educación sería el de ayudar al hombre a *convivir* normalmente, dentro de un determinado medio físico y social. Convivir dentro de este terruño, este paisaje, estos horizontes invitadores, y dentro de un grupo que es la familia, el haz amistoso, el conglomerado cívico o la colectividad nacional.

Se alcanza una feliz convivencia con la *naturaleza*, cuando la conocemos y la amamos, utilizándola generosamente en beneficio individual y colectivo; cuando de sus frutos se nutre y vive bien todo un pueblo y no unos cuantos privilegiados. Ese nexo de utilidad y de amor que se produce entre el hombre, sus instituciones y su montaña, su río, su mar y su valle, es el que engendra la floración de las culturas: del Nilo surge el esplendor de los faraones y de sus nupcias con el mar y la tierra helénica, Palas Atenea, Afrodita, Platón y Fidias. Esa armonía del hombre con su ambiente natural y social crea, en la plenitud gozosa de la existencia, el arte y la filosofía.

Si el pueblo descuida los recursos de su "habitat", es casi como un extranjero en él; si la población es rala, el individuo tiene la sensación de que su labor es pequeña e insuficiente ante la magnitud de la tierra inmensa, solitaria y desolada; si hay sobre-población, sufrirá la inquietud, la desazón de que, por más que se esfuerce, jamás alcanzará a proveerse de cuanto aspira. Ese equilibrio entre la naturaleza y el hombre se ha perdido en los países congestionados de Eu-



ropa; tampoco se ha logrado en nuestros pueblos de mísera densidad. Sin embargo, en nosotros está la esperanza. Creemos que, multiplicándose las generaciones, y conociendo mejor nuestro mundo, llegaremos a realizar ese equilibrio entre lo humano y lo universal, intercambio nacido del daga y toma amoroso entre el hombre y su cosmos.

El estudio, la observación e investigación de los fenómenos naturales que nos cercan, es lo que ayuda a extraer de esta convivencia los frutos máximos. Es en este sentido donde cobra vigor el aforismo de Bacon: ciencia es potencia.

La *convivencia social* ha sido posible gracias a la observación de dos tipos de códigos fundamentales: los morales y los políticos. Podemos dudar del origen divino de ambos; lo que es irrefutable es que sin ellos perecería la especie en el fragor desatado de sus pasiones y de sus apenas acallados instintos de homicida barbarie y de crueldad. Mientras la familia y la iglesia han tenido como normas fundamentales la de inculcar en el niño principios éticos, el ágora, el parlamento, la asamblea, el partido político han influido sobre la inculcación y propaganda de los otros.

No pretendemos disminuir la importancia de familia e iglesia —sea ésta de cualquiera denominación: así budista como mahometana o católica—. Pero el hecho es que su poder sobre la disciplina interior, la del hombre consigo mismo, la del hombre en lo más recóndito de su yo, se ha debilitado grandemente, aún entre aquellos que superficialmente acatan sus disposiciones externas. ¡Penosa experiencia la del hombre de este siglo XX, cruel destino: sufrir las consecuencias, a la vez, de una declinación de la familia y de las religiones, porque entre ambas ayudaban a sostener el embate diario entre la ferocidad egoísta y la dulce fraternidad! La inmensa masa proletaria en Rusia como en Alemania, en Italia como en Inglaterra, espera mucho menos del púlpito que del ampliado del partido. Y en las Américas está ocurriendo parecido fenómeno.

Es imposible que la escuela dé lo que la sociedad no tiene. Su órbita no alcanza hasta crear una nueva religión o una nueva moral o un purificado tipo familiar. Y ha de confrontar el problema más difícil: dar una orientación ética a una generación desprovista de lazos familiares recios y de principios éticos firmemente asentados en la sociedad. Generación huérfana y tambaleante, que hay que dirigir



para que no naufrague en el hundimiento de un tipo ya caduco de civilización y permita la esperanza de que el hombre ético se renueve en otro continente, y tal vez al amparo de otras normas. En estos periodos de declinación de toda una cultura, acaso la filosofía nos dé —como aconteció en las postrimerías del mundo antiguo— una lección de paciencia y esperanza, epicúrea o estoica, resumen de cuanto de mejor destile el pensamiento humano desprovisto del amparo que le dieran las religiones clásicas.

Lo único que no debe hacer la escuela es cerrar los ojos ante este problema máximo. Ni cruzarse de brazos, ni vivir como si no acechara la esfinge, porque está allí, a cada paso, monstruo mal oculto por el manto superficial del bienestar, pero que puede de repente abrir sus fauces para tragar en el espanto de la guerra y el odio, a naciones y razas enteras.

Predicadores ingenuos y de buena fe, creen que es posible guiar a la juventud mediante clases de moral religiosa. ¡Eso es lo que falta en los colegios del Estado!, claman. Si fuera verdad, ¡qué fácil el remedio! Desgraciadamente, el padecimiento es más hondo y muchísimo más vasto. La fraternidad humana, el amor al prójimo como a sí mismo, el no hacerle lo que no quisiéramos que hicieran con nosotros, eso no se enseña con sentencias y declamaciones, sean ellas tan elocuentes como las de Bossuet. Hay que crear un ambiente ético propicio, apelar a los sentimientos y al afecto, convivir con el ejemplo de seres moralmente superiores. Cuando se ha llegado a la edad del raciocinio, después de los veinte años, es posible moralizarse por medio de la inteligencia; antes son los sentimientos y los ejemplos los que priman.

El medio ideal para que se produzca una feliz *convivencia con la sociedad política*, es, sin duda, el de la democracia, a base de una depurada justicia social. Los regímenes democráticos se desarrollaron en el siglo XIX paralelamente con la industrialización y el capitalismo, que acentuando la desigual distribución de los medios de vida, dificulta la ascensión de las masas proletarias y enciende las luchas de reivindicación: En Europa el comunismo y el fascismo han encandilado a pueblos enteros con la esperanza de curar para siempre tales desigualdades opresoras. La democracia fué más remisa. Habló mucho de libertad, y poco de justicia social, y ha estado a punto de



sucumbir. Ya se dan para la post-guerra bases nuevas de convivencia democrática: en Inglaterra, Beveridge; en EE. UU, Roosevelt, prometen una estructura social que asegure a todos, por el hecho de ser hombres, su porción de salud, trabajo, bienestar y cultura. Es darles a las democracias la esperanza que les faltaba, y evitar —¡quiera el cielo que por largo tiempo!— la locura de una hegemonía mundial económica o política que desata sobre el haz de los continentes, a los demonios apocalípticos: ¡guerra, pestilencias, miserias y muertes!

Aún la más cruel realidad, no amarga tanto como la ausencia de esperanzas. Aquella nunca será cabal — porque suspiraremos siempre por algo mejor. El papel de la educación ha de ser entonces el de ofrecer los medios para asegurar y robustecer la confianza humana en mejores destinos, gracias a una fraternidad social menos egoísta, a una más adecuada distribución del trabajo, hábitos de vida ordenada, disciplina, cooperativismo y solidaridad. Por cierto que tal programa es ilusorio si el régimen político en que se vive ahoga las iniciativas o no da cauce a las legítimas ansias de superación. De aquí que en esta educación para un feliz “convivir” sea indispensable enseñar todo cuanto ayude al hombre a mejorar, por vías evolutivas su ambiente político, que tampoco éste se perfecciona por arte de “fiat lux”, sino por el sistemático cultivo de la moral y la honradez ciudadana. Hay, pues, que aprenderla desde la escuela — por hábitos de cooperación y respeto hacia los altos valores públicos, de los cuales tienen que emerger los líderes; so pena de que la democracia declina, se corrompa y caiga pulverizada.

Las letras, la historia y la educación cívica, dan contenido al programa teórico de estas actividades.

Hay, por último, una que acaso sea la más importante de todas: la *convivencia* feliz con *nosotros* mismos. Somos los humanos, querámoslo o nó, seres metafísicos. Aspiramos a darnos cuenta del por qué y del para qué. Tenemos que respondérselo “provisoriamente”, ya que nos sabemos rodeados de infinito misterio. Seres ciegos, arrastrados en una constelación de luz y de sombras, de alegrías y de dolor, de vida y de muerte... Nos impelen sus fuerzas sin que alcancemos a vislumbrar el objetivo. Buscamos para apoyarnos un andamiaje, con ayuda del cual construir una felicidad más duradera,



una teoría que nos permita ilusionarnos con compensaciones para nuestras debilidades y miserias. La religión. La filosofía. O aceptamos con sabia humildad una de sus fórmulas o rebeldes contumaces la creamos a la medida de nuestra inteligencia. Lo importante es que la vida armonice con ella, de suerte que no nos sintamos abatidos por un destino incomprensible, ni acosados por remordimientos, recelos o pavores, ni zarandeados por el cinismo. La religión de Cristo como evangelio de amor, de esperanza, de gracia y de perdón, se mal trueca a veces en un fárrago de persecuciones interiores, de pavores ante un infierno de venganzas eternas. La fe en la gracia divina o la confianza en que nuestros actos no han de atraer el dolor o el mal sobre nosotros ni nuestros semejantes, es parte a conferirnos esa feliz convivencia con nosotros mismos, hermana de la serenidad.

Porque mientras existe beligerancia, hay un camino que recorrer. La lucha —incluso la lucha por la vida— es un medio, no el fin mismo de la existencia. Es una etapa indispensable y previa a la armonía, que ésta, sí, que es el objetivo máximo y superior: bienandanza del hombre consigo mismo y con el cosmos, ya porque se sienta una creatura en el seno infinitamente bondadoso de Dios o una porción de energía viva y obediente a las leyes universales. ¿Qué sabemos si en su arcano recóndito no son nombres diversos para una sola verdad? ¿Qué sabemos de la esencia del mundo o de Dios?

Alba indispensable para ese camino de perfectibilidad, el equilibrio entre lo físico y lo espiritual: ausencia de complejos; estar limpio de acritudes y de odios. Y en esto, la educación doméstica y preescolar tiene una amplia tarea: higiene mental; más que eso: limpieza de alma que no puede enseñarse con palabras sino que ha de fluir en la grata convivencia cotidiana, como un perfume, de la personalidad del maestro, de la madre, de los adultos que rodean al niño. ¡Vivir sin miedos ni rencores, sin acritudes y sin soberbias, que fácil enunciarlo, qué difícil su realización!

En la vida sencilla de la escuela, en la alternación del trabajo y del juego, de la libertad y de la disciplina, del estudio y la recreación, estas finalidades de "convivencia" no deberían jamás perderse de vista. Constituyen la base misma del progreso, del bienestar y de la dicha colectiva.



d) La obra escolar debe tender a habilitar al hombre para *crear*, ya sea alegría sana, ya sean técnicas, artes, ciencias, letras, adelantos cívicos y una filosofía propia y superior de la vida.

Ser capaz de crear alegría sana, significa tener dentro de sí una fuente de recursos espirituales con que entretener los ocios o saborear la soledad. El niño o el hombre, habituados a recibir el entretenimiento hecho, en forma de juguetes, de teatro, de compañeros, de cine, de radio, etc., cuando están privados de ellos se aburren, fastidian y el mundo se les torna gris. No son agradables compañeros consigo mismos. Quienes llevan dentro de sí una fuente de recursos espirituales, quien posee el hábito instintivo o adquirido de recrearse en la contemplación de la naturaleza, en el ejercicio de su propia imaginación, en una arte superior o modesto, en la destreza de sus dedos para el juego o algún oficio que sea a la vez vocación y entretenimiento, ése, no importa donde esté, se halla libertado del tedio. La literatura, el arte, el deporte, el amor a la naturaleza son compañeros que una vez frecuentados, jamás se abandonan.

Nuestra enseñanza tradicional rara vez alienta las tendencias individuales creadoras. El colegio suele ignorar los "hobbies", las aficiones, las aptitudes juveniles. Y en ellas, precisamente reside el secreto de las posibilidades creadoras del adulto.

e) *Crear*. — El individuo no asume sus íntegras proporciones si no toma su puesto en el universo, y en la humanidad. Es disminuido y precario afán el de vivir al día; se necesita una mística, algo en que creer y apoyarse que sirva para polarizar los esfuerzos y dar significado a los sacrificios. Si no, se hunde en la línea del menor esfuerzo, cuando no en el craso egoísmo. Esa creencia la han dado las religiones: Confucio, Buda, Mahoma o Cristo a pueblos enteros; los filósofos: Sócrates, Platón, Kant y Comte a algunos grupos ultra cultivados. Hoy se los trata de reemplazar por evangelios de redención social: anarquismo, comunismo, racismo, etc. El adolescente, sobre todo, aspira a hallar la fórmula que le revele el secreto de sus cuitas, y dé pábulo a sus ansias heroicas. La educación de un país, debe tener un contenido de creencia: humana o divina —ya lo hemos dicho anteriormente— capaz de levantar hasta un plano de eternidad el pasajero minuto del hombre. Si lo olvida, ha desperdiciado las



fuerzas más hondas, más potentes de la naturaleza humana: la fe que remueve las montañas.

3. - *El tercer factor: el niño.* — No concluye aquí el establecimiento de nuestro problema: por un lado existen condiciones sociales propias, características y distintas; por el otro, los objetivos educadores permanentes. Falta, para asentar las bases de una política didáctica en estos países ibero-americanos, investigaciones científicas sobre el sujeto enseñado, es decir, sobre el *niño* y el *adolescente*. ¿Qué sabemos de cierto sobre su desarrollo psico-fisiológico? Hemos hecho estudios de la talla y el peso, sólo en determinados sectores escolares y exclusivamente en algunas capitales. Faltan aún muchísimos datos para aseverar: éste es el niño normal ibero-americano, o así crece normalmente un niño en Chile, Colombia o Nicaragua <sup>(2)</sup>.

Ignoramos su resistencia a las enfermedades y su morbilidad. ¿De qué enferman con mayor frecuencia? ¿A qué edad y por qué? ¿Cuáles dolencias les atacan sin matarles? ¿Cuáles concluyen por quitarle la vida? <sup>(3)</sup>.

Tampoco hemos profundizado en su desenvolvimiento psicológico. La mayor parte de las mediciones efectuadas a base de promedios, escalas y de índices europeos, son inaplicables aquí, porque aquellos niños tienen un ritmo de desarrollo diferente.

Es un fenómeno visible a ojo desnudo, la detención del desarrollo intelectual entre nuestros adolescentes ibero-americanos. De niños, hasta los 10 ó 12 años parecen extraordinariamente vivos e inteligentes. A los 21 o antes, mucha, muchísima de esa vivacidad intelectual ha desaparecido. ¿Qué hay en el fondo? ¿Es que confundimos la vivacidad con la inteligencia al juzgarlos en la infancia? ¿Es que una inadecuada nutrición los ha detenido en su desarrollo?

---

<sup>(2)</sup> Las investigaciones del Dr. Carlos Monge, en el Perú, sobre el hombre del altiplano permiten colegir que el niño y el adolescente que habitan en el aire enrarecido de las altas mesetas deben estar sujetos en su crecimiento a trastornos específicos.

<sup>(3)</sup> Estudios efectuados en Chile por la Dra. Luisa Pfau, jefe de la sección Educación Sanitaria del Ministerio de Salubridad, en los escolares de uno de los barrios sub-urbanos de Santiago han dado estas cifras: sufren de desnutrición, el 30 %; de caries dentales, el 70 %; de enfermedades cardíacas el 2,5 %; de afecciones a la piel, el 18,5 %; de los ojos, el 10 %; de oídos, nariz y garganta, el 18 %; de defectos óseos, el 5 %; de T. B. C. en evolución, el 20 %. Faltaría comparar estos datos con los recogidos en otros barrios y en otras ciudades.

¿Es que han abusado de sus ímpetus sexuales en una edad prematura? Hay una indulgencia casi criminal entre los hombres para apreciar la aparición de los fenómenos sexuales en los muchachos y a incitarlos —burla burlando— a que den rienda suelta a su "hombria"... ¿No radicaré allí la causa? La verdad es que sobre la vida y desarrollo del niño y del adolescente de estos países no poseemos sino conjeturas, anticipaciones, observaciones empíricas. Datos científicos, rigurosamente exactos, están por acumularse.

AMANDA LABARCA H.

*Santiago de Chile, marzo de 1943.*



## SOBRE EL "GUZMÁN DE ALFARACHE" Y LA SEGUNDA PARTE APÓCRIFA

*El trabajo que publicamos es la versión de parte de las lecciones que sobre este tema dictó el profesor Arnoldo César Crivelli (n. 1896 - m. 1942) en su cátedra de Literatura Castellana del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. La versión se basa en los apuntes tomados en clase por los estudiantes, colacionados y corregidos (respetando las huellas visibles de la palabra hablada) por la señorita Enriqueta Terzano, quien le sucedió en la cátedra después de haber sido su alumna y adscripta.*

*Se ha preferido este tema porque la bibliografía relativa a él es harto escasa. Se han suprimido varios tópicos para reducir la extensión del trabajo; la línea de puntos corresponde a un largo análisis de estudios biográficos sobre Mateo Alemán y de hipótesis acerca de la identidad del autor de la parte apócrifa.*

*INSULA, revista de cultura, se complace en ofrecer este testimonio, por desgracia imperfecto, de uno de los valores más sólidos y menos conocidos de nuestra alta docencia. La exquisita sensibilidad de Crivelli por lo ético y lo estético; su penetración psicológica y su rigor lógico; su información histórico-literaria precisa y extensa; su conocimiento firme y sutil de los textos; su elocución vigorosa y elegante; todo ello dió a sus clases la jerarquía singular que no olvidarán quienes tuvieron el privilegio de ser sus discípulos.*

**L**AS tres obras que se refieren al pícaro Guzmán <sup>(1)</sup> aparecieron en el término de cinco años —1599-1604— durante el reinado de Felipe III.

La obra toda es una ficción autobiográfica: la vida de Guzmán de Alfarache. Desde el principio es el mismo Guzmán quien habla y nos informa de circunstancias útiles; nos cuenta su vida y desde

---

(1) Primera parte de Guzmán de Alfarache, por Mateo Alemán. Madrid, 1599. Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache, compuesta por Luxán de Sayavedra, natural vecino de Sevilla. Valencia, 1602. Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana, por Mateo Alemán, su verdadero autor. Lisboa, 1604.



las galeras. Pues bien, ¿tendría, en verdad, tiempo para hacerlo? ¿Sabrían escribir los galeotes del rey? En este caso debemos aceptarlo; pero sería ya una inverosimilitud. El nos dice que está en galeras por faltas que cometió. Para prevenir contra sorpresas, nos informa de que ha estudiado mucho: sabe latín y griego. En un tiempo pensó ser clérigo <sup>(2)</sup>. De aquí que Guzmán sepa qué debió hacer y no hizo, y lo comente. Fué, pues, un clérigo fracasado. Ya tenemos la primera lección: el talento solo no vale en esta vida.

La *Primera parte de Guzmán de Alfarache* apareció en 1599, dividida en tres libros. El primer libro abraza ocho capítulos; el segundo y el tercero, diez capítulos cada uno; de suerte que en total suman veintiocho. Es evidente que hay en esta distribución cierta simetría que corresponde a un propósito preconcebido. El primer libro tronca con el segundo y éste con el tercero: no debemos olvidar que está narrando la vida de un hombre, y la vida no consiente cambios bruscos.

En los ocho capítulos del libro primero y en los dos primeros del libro segundo se narra un viaje relativamente corto: de Sevilla a Madrid.

Sabemos, por boca del mismo Guzmán, de qué linaje proviene y cómo nació. Traza el retrato físico y moral del padre, tal como era antes de conocer a la que iba a ser su madre. Es decir, Guzmán cuenta cómo era el padre en una época anterior a la de su nacimiento. Estamos, pues, ante un autor difícil.

Aciertos y fallas hay en estos capítulos que narran el viaje. El punto de partida es, como se dijo, Sevilla; el lugar principal, Madrid; los otros lugares, Cazalla y Cantillana.

---

(2) "Para lo cual se presupone que Guzmán de Alfarache, nuestro pícaro, habiendo sido buen estudiante, latino, retórico y griego, como diremos en esta primera parte, después, dando la vuelta de Italia en España, pasó adelante con sus estudios, con ánimo de profesar el estado de religión; mas por volverse a los vicios los dejó, habiendo cursado algunos años en ellos. El mismo escribe su vida desde las galeras, donde queda forzado al remo, por delitos que cometió, habiendo sido ladrón famosísimo, como largamente lo verás en la segunda parte". (*Primera parte de Guzmán de Alfarache compuesta por Mateo Alemán. Declaración para el entendimiento deste libro*. Ed. de Julio Cejador. Biblioteca Renacimiento, s. f. [1913], vol. 1.º, pág. 27).



El niño tiene, cuando está en Madrid, de trece a catorce años y resuelve en ese momento su absoluta independencia. Interesa averiguar a qué época de España pertenece esta parte del relato. Sabemos que hacia 1595 Guzmán vive en las galeras del Rey y suponemos que cuenta entonces cuarenta y cinco años de edad. En consecuencia, habría nacido hacia 1550. Si tiene catorce años cuando está en Madrid, actúa en el Madrid de 1564. Toda la vida de Guzmán de Alfarache abarca los últimos años del reinado de Carlos V, todos los del de Felipe II y algunos del reinado de Felipe III.

Guzmán de Alfarache es bastardo. Hijo de doña Marcela, se cría junto a la madre. Como el protector de ésta lo cree hijo suyo, al morir deja rica a Marcela. Guzmán no siente cariño por su madre; antes bien, está avengonzado de ella y resuelve abandonar la casa. Se decide sin ninguna incertidumbre, sin ninguna vacilación afectiva. Hasta el nombre piensa mudar. Cierta día sorprende una conversación entre su abuela y Marcela. Marcela quiere saber quién ha sido su padre. La madre responde que no lo sabe con certeza, pero supone que descende de un Guzmán, perteneciente a la familia de los Medina Sidonia. El niño decide tomar ese nombre, *Guzmán*, y le agrega *de Alfarache*. Abandona la casa un viernes y llegará a Cazalla un lunes. En el camino le salen al paso algunas aventurillas en que apuntan ya los episodios de hambre. Confunden en Cazalla a Guzmán con un paje ladrón y lo prenden. Cuando se hubo aclarado el malentendido, sale de Cazalla. En otra venta, un fraile proporciona a Guzmán alimento. El ventero lo toma a su cargo; aquí ve Guzmán cómo se roba en España y empieza a aprender. Finalmente, asqueado, abandona la venta. Pues bien, ¿qué aprendió Guzmanillo desde que salió de Sevilla? Aprendió a aplacar el hambre y a robar. Más tarde se hace mendigo y obtiene poco; decide no volver a pedir. Para comer tendrá que ir deshaciéndose de sus ropas. Piensa en el retorno a la casa, pero el regresar más pobre de lo que salió le avergüenza, y prosigue. Largamente y en cuatro lugares comenta el autor estos hechos. La experiencia hace meditar a Guzmán. Y se resuelve a las cuatro semanas de haber abandonado la casa la crisis que sintió al salir. Guzmán decide ser un vago. La elección es libre: elige así su destino y padecerá por él. Este pícaro es un ser consciente de sus errores y sabe que todo lo que sufre es poco para purgar sus



faltas. Por último, en Madrid, Guzmán comienza "a tratar el oficio de la florida picardía". El mismo Guzmán usa la palabra *picaro*, cosa que no había ocurrido en el *Lazarillo*. "No trocará esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados".

En síntesis: puede afirmarse que en estos diez capítulos está todo el libro: alma, técnica y fallas. La narración es de ritmo lento; la forma, muy escueta y descarnada. Expone los hechos en lo psicológico y en lo ético; es decir, expone y comenta el hecho psicológicamente y después hace las consideraciones morales.

Obra de poesía es el libro primero. Versa sobre sucesos posibles, pero fingidos; con una limitación que fija la verdad relativa. Y así, por ejemplo, en el capítulo octavo —último del libro primero— se interpola la historia de los amores de Ozmín y Daraja. Se trata de un cuento que cierto clérigo relata a varias personas que van hacia Madrid. Dice el clérigo que en tiempos en que los Reyes Católicos acometieron la conquista de Granada, residía, en una ciudad llamada Baza, Daraja, hija del alcalde del lugar. Los Reyes Católicos ponen cerco a la ciudad, se apoderan de ella y hacen prisioneros. Entre éstos se encuentra Daraja. Prendada la reina Isabel de los encantos y buen natural de la joven, la toma a su servicio y más tarde la lleva consigo a Sevilla. Residía en Granada Ozmín, descendiente de reyes moros, quien ya estaba casado con Daraja. Encontrándose así los jóvenes esposos separados, se enteran Ozmín de la caída de la ciudad y teme por la suerte de Daraja. Resuelve entonces fugarse. Se dirige a Sevilla, y en las proximidades de Soja unos cristianos le cierran el paso. Ozmín logra eludir el lance y entrar luego en Sevilla disimulado con un disfraz de jornalero. Se suceden una serie de vicisitudes amorosas que pondrán a prueba el cariño de ambos cónyuges. Pasan, con mil alternativas, dos años. En 1492 cae Granada. Esta circunstancia es aprovechada por Ozmín para presentarse ante Daraja. Los amantes se reconocen y la reina otorga el permiso para que sean bautizados. Se convierten al cristianismo al mismo tiempo que se casan con los nombres de Fernando e Isabel.

Haremos algunas consideraciones vinculando el relato con el protagonista de la obra, y con el autor de ella. Respecto de Guzmán, recordaremos que oyó el cuento cuando tenía doce años y que lo interpola en la historia de su vida, escrita en las galeras en los mo-



mentos libres. Guzmán frisaría entonces en los cuarenta y dos años. Reflexionemos: ¿es posible que un galeote del Rey fuera capaz de reproducir finamente un proceso amoroso tan íntimo como ése? Si en verdad ocurrió así, es decir, si él lo escribió, no fué del todo galeote, porque a los pocos años de serlo, ya no habría podido narrar con tanta finura y sutileza esos hechos. Caso contrario habría sido un portento, y ya no nos interesaría. Se trata de una inverosimilitud psicológica. Y encontramos, por otra parte, inverosimilitudes literarias. ¿Recordaría, acaso, Guzmán con exactitud, a los cuarenta y dos o cuarenta y cinco años de edad, lo que un clérigo le narró a los doce? Supongamos que cuando no recuerda compone, rehace. Pero ya es mucho componer: está todo compuesto.

Ahora bien, respecto de Mateo Alemán el cuento interpolado muestra:

- a) Que era muy diestro en narrar; porque, aun cuando no abandona su estilo sentencioso, cortado y árido, hay allí fluidez. Es evidente que para escribir no fuerza su naturaleza;
- b) La invención.
- c) La rapidez de composición, ya que el relato no es del todo original: o proviene de la *Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa* o de la de Ginés Pérez de Hita. No puede derivar de la primera porque tiene más que ella. Y lo que tiene de más, lo sacó de la segunda. Si la *Historia de los Bandos* es de 1595 y la de *Guzmán de Alfarache* de 1599, transcurren cuatro años del modelo a la imitación; esto es muy verosímil.

En cuanto al género literario se advierte, en primer término, la influencia ejercida por la *Historia de los Bandos*. Dos o tres años después de su aparición todos componen cuentos de moros. Por otra parte, habría que destacar que los que investigan particularmente la novela picaresca ponen de relieve la ausencia en ella del elemento amoroso. Quizás sea cierto; pero notamos, a través del *Guzmán*, que el género picaresco admite esos elementos sin ninguna repugnancia; y así pasa de una pincelada soez a un tierno y puro idilio. Tal es la imaginación española: todo lo acercan y todo lo acuerdan. A los que no saben amar, les gusta oír cuentos de amor.



El modelo del *Guzmán*, al que se ajusta en parte pero logra superar, es el *Lazarillo de Tormes*. Resulta evidente que el *Lazarillo* sirve de pauta a Mateo Alemán para acercarse y apartarse. Podemos relacionar así ambas obras: Lázaro nació en Salamanca en 1502; Guzmán en Sevilla en 1550; hay medio siglo de distancia entre el uno y el otro. Guzmán pertenece a un hogar desahogado: es hijo ilegítimo de un matrimonio furtivo. Lázaro a un hogar mísero: fruto de una unión provocada por la miseria. La madre de Lázaro no era mujer despreciable como la de Guzmán. Además, Lázaro no se fuga de la casa; su madre lo entregó a un extraño para que se ganara el sustento. Guzmán, por el contrario, huye en busca de aventuras. En el uno el alejarse de la casa no es voluntario; en el otro, sí.

Por otro aspecto, hay en la vida de Lázaro menos devoción que en la de Guzmán. Nos dice Guzmán que su piedad fué sincera, y no pasó día sin que rezara el rosario. Desde chico no le hace ascos a la gente de iglesia y las trata con respeto: cuando tales gentes son buenas, no hay en su alma ningún preconcepto. En cambio, existe en Lázaro cierto resquemor. Pero no podemos olvidar que es distinta la atmósfera en que aparece uno y otro libro. Respecto de la crisis, la de Lázaro es más humana, porque es más contundente: el coscorrón del ciego le hizo abrir los ojos y desde entonces fué más precavido. Y no cabe duda de que a la edad de trece años tiene más culpa Guzmán que Lázaro.

Guzmán nos confiesa que amaba, por aquel entonces, el trabajo: "Con estas diligencias cumplía lo que estaba obligado, para que yo mismo no pudiera acusarme que volvía a lo pasado, huyendo del trabajo. Y *te prometo que lo amaba entonces, porque tenía de los vicios experiencia*, y sabía cuánto es uno más hombre que los otros, cuanto era más trabajador y por el contrario con el ocio". Comprende Guzmán que el trabajo vale más. Reconoce que su natural era bueno, pero que se corrompió por la necesidad y por los vicios de que gustó.

Guzmán, desocupado, es requerido por un esportillero para que le ayude a transportar una cantidad de dinero. Abre la espuerta y el hombre echa dos mil quinientos reales. El joven no puede creer que toda esa fortuna sea verdadera. El esportillero camina adelante, seguido del niño que lleva la espuerta. Guzmán lo deja avanzar unos



pasos y se escabulle: no lo vieron más. Huye de Madrid y se oculta en un monte. Esconde el dinero en un hoyo y se queda en las cercanías del lugar. Más tarde se va camino de Toledo. Nos preguntamos ahora: ¿un jovenzuelo de catorce años, porque está sin trabajo, resuelve robar así? Se trata de dos mil quinientos reales. Si hace tan sólo dos horas amaba el trabajo, ¿cómo se decidió? El amor era muy tibio o no había tal amor. El autor es el responsable de esta falla. En un libro como el que estudiamos, hay que analizar concediendo algo a las costumbres literarias del tiempo. Se suele dar a conocer las cosas más representativas, dejando a un lado las otras. Tal sobriedad es un rasgo del siglo de oro. Resumiendo: hay insuficiencia en la evolución psicológica del personaje. Esta insuficiencia convierte al niño en un delincuente. En fin, Guzmán es ahora dueño de su destino: tiene dinero. Si hubiera amado en verdad el trabajo, habría usado ese dinero en elementos para trabajar: en la adquisición de una huerta, por ejemplo. ¿Es, acaso, posible que un joven que robó dos mil quinientos reales sea de natural bueno? Es posible cometer un delito y después rehacerse; pero Guzmán no lo pensó en ningún momento. Su reflexión fué la siguiente: con este dinero no necesito trabajar. Y tenemos una lección de Mateo Alemán: El que no ha visto trabajar en su hogar, ni aprendió a trabajar de niño, no trabajará nunca.

El itinerario seguido por Guzmán, después de dejar a Madrid, es el siguiente: Toledo, Orgaz, Malagón, Almagro; sale a la costa y asciende hasta Barcelona; atraviesa España y se va luego a Italia. Camino de Toledo encuentra Guzmán a un pordiosero que lleva un costal, bastante pesado, de buena ropa, pero robada. Le compra algunas prendas, se viste con ellas y entra muy galán en Toledo, como si fuera un joven de bien. Conoceremos ahora otro aspecto de su vida: el amoroso. Guzmanillo tiene entonces quince o dieciséis años. En lances de amor es burlado dos veces por dos damiselas; y de estas aventuras sacamos la lección de Mateo Alemán: Siempre hay uno más despierto.

Guzmán jura no seguir jamás la compañía de mujer. Lo dice un jovencito de dieciséis años; pero el hombre maduro que está historiando su vida reflexiona y añade: "Como si el amor no fuese deseo



de inmortalidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razón, sin sujeción a la ley, que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al corazón y dificultoso de salir de él, así juré de no seguir su compañía". Notamos la experiencia directa de la vida y la confusión del neoplatonismo español: las cosas andan confundidas y mezcladas. Hay un contraste notorio entre la vileza de la vida corriente y la trascendencia de esa vida. El alma del libro es ésta: la teoría no justifica la experiencia.

En Toledo, con dineros todavía, Guzmán piensa que debe decidirse por algo: quiere ser soldado. Le dicen que en Almagro se están alistando fuerzas para salir de España. Se dirige a Almagro, pasando por Orgaz y Malagón. Encuentra en Almagro una compañía. Tiene ahora dos criados a su servicio y se llama Don Juan de Guzmán. Se ofrece, y el capitán, que lo cree joven adinerado, lo admite. Más tarde el capitán juega con Guzmanillo, quien pierde todo el dinero que llevaba consigo y debe confesar que no le queda nada absolutamente. ¿Qué hará ahora? Entra al servicio del capitán. Este jovenzuelo, fingido soldado rico, ¿es en verdad un *pícaro*? Desde que dejó la cocina hasta que robó el dinero lo fué, sin duda. ¿Y después? Sigue siéndolo psicológica y moralmente; aunque socialmente no. Ahora es criado del capitán. Guzmán, con una lealtad en cierto modo incomprendible, se mantiene fiel a su amo: es, ante todo, su confidente. El capitán le revela que quiere ir a Italia, porque en su patria no puede vivir: el ejército español está corrompido. Se expresa así un sentimiento de inferioridad nacional que va echando raíces en la época de Felipe II. Más adelante, para ayudar al capitán, Guzmanillo se vale de sus artes: de tal suerte burla a un prestamista que logra quedarse con los ducados y con la joya —muy estimada por su amo— que debía quedar en prenda. El usurero, corrido, es encerrado en la cárcel. Recordemos que Guzmán tiene tan sólo dieciséis años; ¿dónde aprendió tales astucias? Porque ya es un *pícaro* completo.

¿Qué recuerdos nos deja Guzmán de España, cuando se va de Barcelona? Saberlo todo es imposible: no hay obra que contenga toda la España del siglo XVI. Hemos conocido a España en dos aspectos: externo e interno. En lo externo: personas, lugares y ambas cosas a la vez. En cuanto a los seres, o son corrompidos, o están a punto



de serlo, o son miseros. Es decir, vemos lo peor. Y no podemos formar juicios sobre España con textos así, ya que limitan el alcance de las conclusiones. Los personajes predominan sobre las cosas. Y conocemos más hombres que mujeres, lo cual no impide que las pocas que desfilan sean peores aún que los hombres: todas calculadoras, viciosas. Y es evidente que dentro de su pequeñez cada uno adquiere un valor representativo: Guzmán de Alfarache retrató las más expresivas figuras.

Respecto de lo que no es sociedad y es externo, nada hay que decir porque falta. No hay una sola visión del campo. Hemos ido de sudoeste a noreste y no hemos visto labriegos, ni niños que estén trabajando. No obstante, Guzmán debió de verlos. Es éste un grave defecto. Se nos ocurre que Mateo Alemán, antes de escribir su obra, habría leído unos versos. El poeta pone los versos en boca de un hombre enamorado. Habla de las parras, de las fuentes, de las fieras y de todas las cosas que tienen a quien querer y quien las quiera; sólo él, por sus pecados, no puede querer ni ser querido. Y este lirismo tan tierno es coetáneo de Mateo Alemán... Pero Mateo Alemán no tenía sentimientos líricos y, en consecuencia, Guzmán de Alfarache carece de ellos. En tantos meses de paseo, algunos serían calurosos; alguna noche dormiría sobre el campo raso... y, sin embargo, las estrellas no aparecen. Este hombre está encerrado dentro de sí mismo: es un pícaro hecho al paladar de su autor. Tales ausencias aminoran la generalidad de la obra, pero en cambio aumentan la intensidad. Abunda la vida interior: lo psicológico y lo ético.

Guzmán no ve los campos, sino los pecados. Las reflexiones morales sobre la vida resultan desproporcionadas en extensión y fuerza respecto de las causas que las producen. Y así, un hurtillo sin mayor importancia va referido en tres hojas: es éste un error de arte, pero no de moral. La desproporción está en lo ético y no en lo psicológico. La moral que Mateo Alemán discurre es cierta, pero hay un exceso de moral. Nos enseña una doctrina sacada de los libros, no de la experiencia: surge a la vista que Guzmán sabe mucho más de lo que le enseñó la vida. En consecuencia, estamos frente a un texto dogmático. Es un rasgo de la obra el ilustrar más acerca del alma española que de España. En los libros de otros autores conoceremos el alma de España a través de España misma. Y en el propio Guzmán



de *Alfarache* lo que sepamos de Italia se deberá, en parte, a una experiencia personal: la Italia que se entrevé es producto de una visión más directa que la que ofrece de España. Y es natural que así ocurra, ya que cuando se vive en un país no se insiste sobre él, porque se supone que todos lo conocen. Pero cuando se visita una región extraña, se habla más de ella; esto es lo que acontece con Mateo Alemán o con Guzmán de Alfarache, si se prefiere.

En el primer capítulo del libro tercero encontramos ya a Guzmán en Italia. No nos ha contado nada del viaje: llega a Génova, después pasa a Roma y más tarde a Gaeta. Pero el lugar principal es Roma.

El capitán conduce a Guzmán a Génova; como sabe que tal criado resulta peligroso, se desliga de él en la primera oportunidad. Y así encontramos a Guzmán, de dieciséis años, ignorante de la lengua italiana, abandonado en Génova. Se acuerda de que su padre era genovés y decide buscar a los parientes: quizá sean ricos y quieran ayudarlo. Encuentra a algunos que no lo reciben, porque lo ven mal vestido. Guzmán promete vengarse de ellos. En tanto va aprendiendo la lengua y advirtiendo la manera de ser de los italianos. Parte de Génova para Roma. Reconoce que Italia está más adelantada que España. Observa que en Roma hay muchos mendigos; mas, para mendigar es necesario ser admitido antes en la cofradía. Comprende entonces que el pedir es un arte en Italia. Un mendigo le enseña a fingir; poco después aparece Guzmán con una úlcera. Pide y le dan; se ejercita en el arte y gana. En circunstancias tales nos hace conocer a muchos mendigos de Italia que viven como los de España. Más tarde se va a Gaeta; y volverá a Roma, porque allá descubren sus falsedades. Por otra parte en Roma la ganancia es myór debido al crecido número de peregrinos que acuden a la ciudad santa con ánimo piadoso y deseos de practicar la caridad. Cierta día, Guzmán, echado en un pórtico, se siente verdaderamente enfermo. Pasa por allí un cardenal y lo lleva a su propio lecho: lo atiende, lo cuida. El pícaro se enternece, porque ve practicar la verdadera caridad. Ya no podrá olvidar nunca a su protector, quien lo toma como paje. Guzmán conoce los años más felices de su existencia: y no está en España. Luego empieza a comprender que los criados italiaños no son distintos de los españoles. Quieren burlarse de Guzmán, pero sobre esta materia él



puede darles lecciones. Paulatinamente olvida cuánto debe al cardenal; comete una felonía y es despedido. Mientras Guzmán vivió junto al cardenal no llevó vida picaresca y, arrojado a la calle, no vuelve del todo a la picardía. En la casa del prelado había tenido oportunidad de conocer a varias personas importantes, entre ellas a un embajador francés a cuyo servicio entra. Deberá cumplir ahora menesteres muy particulares. Es más pícaro que nunca: un desvergonzado que sirve a otro desvergonzado. Y de pronto, bruscamente, sin que sepamos qué le acontece con el embajador extranjero, concluye el libro. El lector queda etupefacto, pero comprende: es una estratagema del autor para mantener el interés por la segunda parte.

El libro tercero está compuesto como los otros dos: hay en él digresiones e interpolaciones. Entre éstas se encuentran las *Ordenanzas Mendicativas*, novedad que, introducida por Mateo Alemán, imitarán más adelante Cervantes, Quevedo y otros. Nos informa Mateo Alemán cómo está organizada la mendicidad en Roma y en toda Italia.

En el capítulo décimo —último de la primera parte— cuenta Guzmán que cierta noche el embajador de Francia había reunido, para comer, a varios amigos. Uno llegó muy agitado, con la nueva de que Clorinia acababa de morir desangrada. Es ésta una joven romana de padres nobles que residía en las cercanías. Horacio, que la pretendía, desdeñado de la doncella y celoso de Dorido —a quien Clorinia amaba ocultamente—, le cortó la mano derecha. El a su vez es muerto por Dorido. Se trata, pues, de una auténtica “novella” italiana, de una “noticia”, de una “nueva”. Desde el punto de vista literario español tiene importancia, ya que se distingue entre una “historia” (como la de *Ozmín y Daraja*) y una “novela” (como la de *Clorinia y Dorido*). La intromisión del elemento erótico en la novela picaresca resulta oportuna.

De todas las ideas que Mateo Alemán maneja, ¿qué se puede entresacar? ¿Qué noción de la vida? Hay un vigoroso llamado de fuente religiosa: en el mundo todo es perecedero y malo con excepción de la misericordia de Dios. Y, ¿cómo es posible llegar a este optimismo a través de tantas amarguras? Porque es la única espe-



ranza de bondad que le queda, después de conocer el mundo. ¿Puede Guzmán de Alfarache, a los veinte años de edad, ser dueño ya de tal filosofía? No. Y él mismo toma a su cargo el advertirnoslo desde el prólogo: sólo después de haber pasado por la Universidad (parte segunda), comprende, repite y vigoriza las verdades que experimentó en la vida.

EL "GUZMÁN" APÓCRIFO. Pocos años después de aparecida la obra de Mateo Alemán (1599), sale una segunda parte apócrifa del *Guzmán de Alfarache* (1602), con el nombre de su autor: Mateo Luxán de Sayavedra. En tres años el autor del falso Guzmán compuso su texto. Pues bien: para qué y por qué, si vive aún el que dió a luz la primera parte. Para ganar dinero, se dirá, y porque se sentía capaz de dar fin a la empresa. Quizás haya, además, algún motivo moral mal analizado por el primer autor y que el segundo tenga interés en aclarar o disipar.

En la primera parte de su obra Mateo Alemán invita a la lectura de la segunda: "Yo di mil gracias a Dios, que no me hizo enamorado; pero, si no jugué los dados, hice otros peores baratos, *como verás en la segunda parte de mi vida, para donde, si la primera te dió gusto, te convido*".

Sayavedra, por su parte, no da fin al Guzmán apócrifo. Ignoramos si deja inconcluso el texto para proseguirlo él mismo o para que lo continúe Mateo Alemán.

Si se comparan las dos obras —la primera parte con la segunda apócrifa—, se advierten grandes analogías: el falso *Guzmán* está dividido en tres libros que suman un total de treinta capítulos: el primero consta de ocho; el segundo y tercero, de once cada uno. Respecto de la primera parte la proporción resulta equilibrada.

Que el autor de la segunda parte apócrifa tenga que continuar la cronología y el itinerario de la primera parte es inevitable. Encuentra la acción en Roma, y como no sabe hacia dónde pensaba llevarlo el autor primero, decide quedarse allí. Roba en la casa del embajador y es expulsado. Lo indujeron a falta los dos españoles con quienes había tratado en Roma. En camino hacia Nápoles tropieza con un cura muy discudidor y se une a ellos un tercero. Se narran sucesos de una venta y el cura toma a Guzmán como paje. La vida



en Nápoles abraza seis capítulos: el autor sabía mucho de Nápoles o había estado allí. Ocurren en Nápoles aventuras de faldas que dan con Guzmán en la cárcel, donde el pícaro no olvida sus diabluras: juega con trampas y roba cuanto puede. Si fallan estos medios de obtener dinero, acude a sus artes de escritor: escribe, mediante cierta paga, las cartas de los otros presos. Permanece encarcelado seis meses. Cuando sale, entra a servir en la cocina del virrey de Nápoles, conde de Miranda: ve que allí se roba como en España. De manera que el libro primero queda distribuido así: un capítulo para Roma; uno para trasladarse a Nápoles; el resto, la estancia en Nápoles. Guzmán sale con el virrey para España. Llegan a Barcelona. El viaje es rápido, sin mayor importancia. Son puntos principales Barcelona, Madrid, Valencia; tres capitales escogidas con grande deliberación. Madrid tiene la primacía. En España se aparta de la servidumbre del conde. Visita con devoción a la virgen de Monserrat y quiere ordenarse en la vida religiosa. Pero entre tanto, como tiene que comer y vivir, vuelve a sus fechorías. Estando entre mendigos encuentra a un antiguo compañero de Alcalá que le habla de esa vida pícaro y universitaria a la vez; lo cual seduce a Guzmán que continúa en su deseo de ser cura. Va hacia Alcalá. Ya en Alcalá, traza cuadros interesantes: destaca que hay estudiantes buenos y gente seria. No obstante, Alcalá de Henares era un centro picaresco y Guzmán aparece entonces más pícaro que nunca. Se sacia de los claustros universitarios y ya no insiste en sus inclinaciones eclesíásticas: entonces no se podía trabajar honestamente y ser universitario. Guzmán encuentra un amo con el que permanece un tiempo, hasta que por razones de interés se trasladan los dos a Madrid. La estancia en Madrid ocupa diez capítulos: tal desarrollo resulta desproporcionado respecto de lo restante. La médula del asunto está en que el autor quiere poner de relieve la parte infame y visible de la vida de cortes. Y el mismo Guzmán que ve estas miserias concurre a la iglesia de Atocha, y se conmueve tanto por el sermón del clérigo que se arrepiente: mas no será eclesiástico ni ladrón. Entre las diversiones mayores de la corte estaba el teatro: Guzmán conoce la comedia. Pero más que el arte dramático le atraen las comediantas. Se viste de actor para introducirse más fácilmente entre ellas. Tenemos ahora un Guzmán, actor en ciería con pretensiones de bueno, por el que se interesa una có-



mica: ya no es el Guzmán de la primera parte. En el falso *Guzmán* se refleja directamente un hecho capital, de orden histórico. En las postrimerías del año 1598 la corte se traslada de Madrid a Valencia. El rey Felipe II ha muerto en septiembre de ese año. Le sucede Felipe III, quien contraerá enlace con la marquesa Margarita de Austria que reside en Gratz. La marquesa va de Austria a España, a Valencia; y el Rey, con todo su séquito, se dirige hacia el mismo lugar para recibir a su consorte. Y en este momento se concatenan en el relato hechos históricos de España con hechos individuales de Guzmán de Alfarache. Guzmán se convierte, en Valencia, en ladrón vulgar; es condenado a galeras por diez años, y es entonces cuando escribe su historia.

El *Guzmán* apócrifo es, como el auténtico, picaresco; pero el protagonista aparece trivial, desdibujado. No alcanza en sus trapazas las proyecciones del auténtico: tiene menos iniciativa. Por otra parte, resulta evidente que de vida picaresca Mateo Alemán entendía más que Sayavedra. Este no conoce mucho los países de que habla: es hombre de gabinete y no, como Mateo Alemán, vagabundo. Guzmán conserva, en la segunda parte apócrifa, su devoción al rosario: el continuador cree que esta manifestación es importante.

El *Guzmán* apócrifo es libro grave, pero no desolador. Más compasivo que el primero, proporciona menos amargura. Siendo menos impuro, ha comprendido mejor su objeto. Hay, en fin, mucha doctrina; principios morales ortodoxos católicos; y dentro de la ortodoxia quiere modificar los puntos de vista categóricos de Mateo Alemán. No obstante, Sayavedra canoniza más: tiene buen juicio, grandes lecturas, seria intención de analizar. La moral del Concilio de Trento (1545-1563) tuvo en ambos —en Alemán y en Sayavedra— verdaderos polemistas por la religión católica y contra Erasmo. Es una polémica íntima del español de entonces; y en este punto concuerdan los dos.

DECLARACIONES DEL GUZMÁN APÓCRIFO: 1.º *Libre albedrío*: se afirma. 2.º *Llamado al juicio*: elección de las razones derivadas de la capacidad. 3.º *Razonamiento para discurrir, para discernir dentro de la propia conciencia*. 4.º *Llamado de compasión hacia los niños*: rasgo poco abundante hasta entonces en la literatura española;



reinaba la indiferencia ante el niño desnudo y descalzo. Esto debe vincularse con un principio de caridad del Concilio de Trento. 5.º *Condenación del duelo*: sostiene, en 1602, que el duelo es algo ilícito. Es una manifestación de amor al prójimo entre iguales y desiguales, nacida del Concilio de Trento. 6.º *Propugna el mantenimiento de la verdad*: sostiene que los hombres viven de la mentira; y él lucha por la verdad, porque ésta lleva a Cristo. 7.º *Reprueba la astrología y la superstición como obra del demonio*. 8.º *Desconfía de la ilustración literaria*: rasgo curioso de Luxán. Afirma que hay algunos libros buenos, pero muchos malos. Agrega que deben evitarse las obras de recreo: preocupación moral que sorprende en un libro de pasatiempo. De aquí que su *Guzmán* resulte tan frío; de otro modo, se hubiera contradicho. Polemiza un tanto con Alemán. 9.º *Condena la atracción sexual*: quiere moderar la tendencia de dar a los sentidos una vida más efectiva. Indudablemente resulta prematuro en 1600, pero sintomático: es la reacción que se produce. Luxán, en amor, es negativista. 10.º *Invectiva contra los que dudan de la nobleza española*: sostiene que tal cosa significa traición e impiedad contra la patria. En este punto Alemán es más realista y contribuye a corroer algo más los blasones.

Luxán emplea cuatro capítulos en describir, desde Pelayo, la legitimidad de la reconquista española. Tal interpolación en un libro picaresco resulta curiosa. La afirmación categórica de que Felipe III y Margarita vencerán a todos para reconstruir a España no es más que una adulación; y el encomio de Valencia, la loa ditirámica de un nativo. El sostener que España es la "yema" del mundo, es una exaltación de patriotismo poco común en el siglo XVI; porque nadie discutía la supremacía de España, si no era en los campos de batalla.

Luxán de Sayavedra, por su poca fantasía, no introdujo historias ni novelas: el autor no sabía, no podía ni quería hacerlo. La obra resulta aligerada, pero parca y seca; buena para ser conocida sólo en la historia literaria de España.

LA SEGUNDA PARTE AUTÉNTICA FRENTE A LA APÓCRIFA. Mateo Alemán empieza por eliminar la segunda parte apócrifa: no la da por aparecida, y calla. La segunda parte auténtica se vincula con la experiencia vivida por el autor. Está compuesta como la prime-



ra: tres libros subdivididos en cortos capítulos. El primer libro comprende ocho capítulos; el segundo y el tercero, nueve cada uno; veintiséis en total. Se guarda siempre una proporción equilibrada. Esta segunda parte impresiona como algo rehecho, un tanto deforme. Cuando Mateo Alemán conoció el *Guzmán* apócrifo, calló aventuras para introducir a ese personaje. Las aventuras de los dos primeros libros se desarrollan en Italia; las del tercero en España: situación proporcionada con la de la primera parte.

Recordemos que Guzmán en la primera parte de la obra había comenzado a historiar los veinte años primeros de su vida y parte de su edad adulta. En la continuación aparece en una lucha con los chicleos de Roma que lo persiguen y le arrojan piedras. Un día se ensañan tanto contra él, que por poco le obligan a cometer grandes despropósitos. Entre los circunstantes que le prestan ayuda se encuentra un joven de su edad, poco más o menos. Lo acompaña a la posada y promete volver a visitarlo. Cuando lo hace, le manifiesta que lo estima por ser Guzmán como es, y por ser español. Más tarde ocurre un hecho singular. Torna a visitarlo y le dice a Guzmán que es un caballero principal, andaluz, de Sevilla, llamado Sayavedra: todo esto es pura patraña. Aquí comienza el desquite del auténtico Guzmán: se burlará de Sayavedra, lo tratará de infeliz. Decide Guzmán irse a Siena y envía antes los baúles, Sayavedra se ofrece para vigilar a los criados y Guzmán acepta. En la posada, Sayavedra se hace pasar por Guzmán, roba y desaparece. Más adelante Guzmán lo encuentra; aunque indignado, no lo castiga. Como Sayavedra está sin recursos, lo toma por compañero. Sayavedra confiesa toda la verdad a Guzmán: le dice que es valenciano, hijo de padres honrados. Eran dos hermanos, ambos desgraciados; él es el menor. El otro mudó el nombre de Juan Martí por Mateo Luxán, transformando así Juan en Luxán, Martí en Mateo, y se llamó Mateo Luxán de Sayavedra. Guzmán se desata en furiosa diatriba contra Martí para hacerle sentir la vergüenza del robo de la obra. Sayavedra y Guzmán se unen y realizan un robo magnífico: quince mil escudos que pertenecían a un milanés. Después de diversas fechorías huyen ambos a Barcelona. En el trayecto se desencadena una fuerte tempestad. Sayavedra queda amodorrado y comienza a delirar: "Yo soy la sombra de Guzmán de Alfarache". Se arroja al mar y muere. Guzmán llega solo a España.



Aquí las aventuras picarescas lo llevan a la cárcel. Finalmente, es condenado a azotes y a seis años de galeras; como intenta huir, lo condenan a perpetuidad. Esa vida terrible de los forzados hace que se arrepienta; descubre una conspiración y le prometen libertad.

Al terminar la obra Mateo Alemán escribe el prólogo. Habla del *Guzmán* apócrifo con gran recato: si se desmanda puede ir a la cárcel. Dice que ha salido a la plaza el *Guzmán* de un autor que no conoce; que es hombre de mucho saber y que escribe bien: le gustaría que las obras de dicho autor fuesen suyas. Pero le duele sobremanera que haya tomado su *Guzmán*. Mateo Alemán, a pesar de su mal genio, procede así con cautela porque o no sabe quién es este Luxán de Sayavedra y le teme; o sabe quién es, y le teme más aún.

.....

En síntesis: por su lenguaje el *Guzmán de Alfarache* resulta una obra oscura. Mateo Alemán tiene una expresión tan concentrada y dura que desconcierta. Escribe en un castellano áspero, lleno de modismos. Es obra fundamental en la literatura picaresca, porque tiene una importancia artística singular. Libro serio, en el que la sonrisa apenas apunta, deja un sabor profundamente amargo. De lenguaje recóndito y expresión cerrada, no es texto cuya lectura atraiga. Y cuanto más se entiende, tanto más desconsuela.

ARNOLDO C. CRIVELLI.

Por la versión, *Enriqueta Terzano*.

## N O C T U R N O

**I**NESPERADAMENTE había recibido una carta: —Es una locura, pero ¿quieres? Y ella había accedido. Todo había sido insensato desde el comienzo, ni ella sospechaba que en su alma pudiera encerrar tanta ansia de amor, como la que se develara en la tarde aquella, en la plaza centenaria. La vida adormeciase con las primeras sombras, que sucedían a las horas calmosas del día labriego.

—Era una locura, pero ¿qué más daba? Tres años sin verse y, qué duda, aquella sería la última. Pero no en Roma —había suplicado ella— ni en otra ciudad muy grande en donde se podía correr el riesgo de ser reconocidos. ¿Y de las pequeñas? Ruth, en su larga carta, pasaba revista a muchas y se detenía en Orvieto. Pedro sonrió con amarga petulancia: —Pobre almita, quiere amortajar su pasión y creía disimular el deseo. Y ¿dónde verse, en verdad, si no en la añeja ciudad papal que conserva, entre olores a cirio y a crisantemos, un fuerte olor a pecado? ¿A ese pecado decadente de principios de siglo? — sonreía Pedro.

Ruth lo esperaba en Orvieto. Había llegado con el tren de Turín, Pedro llegaría con el de Nápoles: un encuentro, unas horas, y luego el perderse ambos, por siempre, en el recuerdo. No ser más que un recuerdo.

Hacía una hora que estaba allí, esperando; un hombre entró en el salón y se quitó los zapatos de lluvia y fué a guardarlos, luego, en el cuartucho del jefe. Era el hombre, sin duda, del pueblo nuevo: del Orvieto blanco y verde en la llanada. Volvió el hombre, sentóse junto a la estufa y de los hondos bolsillos de su chaqueta de cazador, sacó una pipa.

Ruth lo miraba y pensaba: Tú no sabes que siempre estarás



unido a este último amor mío, hombre desconocido. Tú y tu ademán pausado y tus botas de agua y tu ropa de cazador, que humea junto a la estufa. Para siempre.

Y recordaba la familia aquella, y las vidrieras ante las cuales se detuvo en una noche, que creyó como todas, y estaba destinada a grabarse en su alma por siempre.

Eran cinco personas y el chauffeur se indignó con ellas... y Ruth se rió mucho... y esa noche murió su padre.

—Ahora sé que te recordaré siempre, hombre de ojos apagados y de ademanes torpes. Y sonrió mirando dentro de sí.

Acercóse el tren y, en él, el esperado. Por un instante Ruth no pudo moverse, permaneció junto al fanal de la estación; el fanal iluminaba de sesgo sus cabellos castaños y los tornaba dorados: ¡cuán pálido su rostro en el nimbo rojizo!

Pedro la besó, como se estila, en ambas mejillas, un beso de camarada o de esposo. Salieron sin decir palabra; arreciaba el viento y el frío; los árboles mesaban tristemente sus frondas a la vera del camino. El castillo antiguo, ruinoso, se perfilaba en el cielo.

Ruth había cogido entre las suyas la mano de su compañero, e iban por las calles como dos criaturas — se repetía mentalmente la frase.

Al llegar junto a una farola, un punto mortecino entre la niebla, Ruth apretóse a su amante y, poniéndose de puntillas, lo besó largamente en la boca. "En el nido tibio de tu boca" solía escribirle. Al desasirse, Pedro rió complacido. Siguieron el camino del brazo, en silencio. Un silencio de delicias y de angustias. Entraron en el hotel. Un hotel amplio, de escaleras dobles, convergentes en un rellano que una lámpara sostenida por una estatua de bronce iluminaba.

Una mucama los condujo a una habitación baja y amplia, de cama con gran dosel rojo. Ruth se turbó: ¡cuántos años que no se encontraba con él en un aposento!

Pedro la abrazó estrechamente y la besó con violencia. Como antes. El ansia de estar con él, de fundirse con él, de perderse en él impidió a Ruth el abandonarse entera; el espíritu vigilante, si impedía el goce, llenábase de una emoción tal que se fundía interiormente en lágrimas, y, con los ojos empañados, miró el rostro pálido de Pedro; apretóse luego a él y apoyó la cabeza en su hombro.



De la calle llegaba el rumor de pasos de los pocos transeúntes: zuecos que golpeaban pesadamente el taco sobre las aceras de piedra, zapatones montañeses de gruesos clavos, de vez en cuando el ruido elástico de zapatitos urbanos. Ruth creía advertir en la sombra un desfile abigarrado de personas encerradas en el propio mundo como ella en el suyo. Sólo el hombre que yacía en sopor desgarraba la soledad y enlazaba el alma de ella con el universo. Sentir la plenitud de la infancia, la integridad del alma no herida por el cuerpo púber. Sólo la compañía de ese hombre donaba a su ser las horas calmosas e iluminadas de los años primeros; y todo instante vivido con él, cuajaba indeleble.

De esa manera había sentido siempre su amor, su único grande amor: el perderse en él, un encontrarse; el morir en él, un vivir. El solo vivir.

Apoyada la mano sobre el travesaño de la ventana, veía en las brumas las luces escasas de la noche de Orvieto. En el rincón del lavabo la lamparilla recubierta de seda iluminaba la pared grisácea y la teñía de un vago color de violeta; la luz caía triste sobre el grifo de bronce, reflejándose en el espejo frontero y allá reventaba como granada madura.

Ruth, en puntas de pies, se acercó al lavabo, y vió su sombra agigantarse en la pared del armario. De la calle no llegaba ya ruido alguno; el respirar cadencioso del hombre era una voz que se pierde en valle de soledad en la hora meridiana.

Ruth detúvose frente al espejo y, al mirarse, brotó de sus ojos un llanto absurdo. Como si su rostro, serio y fatigado, hubiese sido el de una amiga cuya compasión hace desfogar nuestra congoja.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas y, al mirarse, no podía dejar de pensar que, a sus años, lloraba por una pena de amor. Y de pronto sintióse desgarrada de todo, sola en ese silencio, sola junto a un hombre del cual no conocía sino la pasión del instante, y su amor desleíase en soledad.

Bajaron. En el portal, el empleado les dijo que pronto servirían la cena, y los precedió al comedor. Era éste amplio y desierto, iluminado en parte por dos focos que emergían rosados de las tulipas. Una pareja joven comía en la mesa vecina. El marido era de la guar-



nición estable; la mujer pequeñita y alegre. Parecían, en su felicidad, olvidados del mundo. Se prodigaban esas pequeñas atenciones que delatan a los recién casados. Comían con apetito: cuán lejana sentirían la guerra —pensó Ruth— y sin embargo ya golpeaba a todas las puertas. Ruth sintió gran curiosidad por conocer los pensamientos de la mujercita. Esta detuvo sus miradas en Pedro, cuyos ojos negros y profundos, y rostro fino le indicó el extranjero. Su curiosidad se detuvo en él, ni miró a Ruth. Esta se sorprendió al advertir que era la primera vez que comía con Pedro y, al descubrirlo, sintióse cohibida. ¡Qué cosas extrañas acontecen!

Un mozo silencioso iba de una mesa a otra y desaparecía luego en las tinieblas, que habían avanzado hasta el aparador.

Rehicieron, bien avanzada la noche, el camino en silencio. El le había tomado una mano y la apretaba junto a su pecho. Ruth, junto a la ventanilla del automóvil, miraba la obscuridad desgarrada por luces mortecinas. La niebla hacía un vaho algodonoso a las luces. Un gran cansancio llenaba el alma de Ruth, y una terrible tristeza parecía envolverla entera.

En la estación advirtieron que habían llegado con mucha anticipación, hicieron como que se reían de ello, pero la risa no asomó a sus labios. Sentáronse junto a la estufa donde, hacía poco, el hombre grueso calentara sus pies entumecidos. Allí permanecieron, callados. Estaban solos como si el mundo entero se hubiese detenido; detrás de la puerta vidriera vieron a un empleado curvo sobre la mesa de trabajo. Ruth sintió el tedio de esa existencia atada a una tarea estúpida y, sin explicárselo, la soledad y la tristeza aumentaron. Como si hubiese vuelto a su existir de siempre, sin objeto ni goces.

Y cuando se halló en el tren nocturno, que volvía a Turín, y que cruzábase con el que remontaba hacia Roma, Ruth no se sintió ni más sola, ni más triste...

RENATA DONGHI HALPERIN.

## LA OBRA DE MARÍA GRANATA

### "UMBRAL DE TIERRA"

Es éste un libro de juventud transitado de muerte; aparte de aquellos poemas en los cuales da ella el tema central: "Pater", "El álamo seco", "El soldado muerto", "Ruego en el sepulcro de Gabriele D'Annunzio", "Balada del pájaro helado", "Llama", apenas hay una poesía que no la nombre:

...para la muerte fácil de la rosa.  
Una muerte de alondras...  
Que quiero ver el leño de tu muerte.  
Y que en temprana voluntad de muerte...  
...la muerte te será poca y en vano.  
...que después de la muerte te iluminas.  
...y mientras una muerte de soldados...

Y sin embargo no es éste un libro de sustancia caediza y exangüe, sino fuerte, vigoroso, vital. Es un libro empinado. La primera sensación que despiertan sus páginas es la de un aroma frutal, espeso, de verano. Después de detalladas lecturas posteriores, la impresión luminosa subsiste. Y es que aquí la muerte tantas veces invocada es la orilla inevitable de lo pletórico, lo florecido, lo triunfal. La asociación se produce no entre muerte y paisaje desolado, y corazón viejo y esperanza anochecida, sino entre muerte y paisaje lujurioso, estival; está junto al racimo, la espiga y la sangre. Tanto más jugosa es la sensación, tanto más dulce la experiencia, tanto más extremado el fervor, y tanto más invadida de muerte está la vivencia poética:



Dorada viña y élitro crujiente  
en el racimo espeso.  
Y tú entre hiedras con la voz desierta  
y el paso sin regreso.

Azufre y lava. Lava transparente.  
Cañaveral de estío.  
Y tú tan lejos, y en tu piel cerrada  
el paisaje del frío.

Roja llama de fruto  
y sol cortando campo sin abrigo.  
Y tú cubierto por la tierra y solo,  
sin respirar el trigo.

Esta muerte obsesionante, este horizonte del que no es posible huir, cierra siempre el paisaje poético de María Granata. Ella no puede olvidarse de la "piel cerrada", la "voz desierta" y la "boca contra el suelo". A la hora de la cosecha, el labriego que contempla su campo, tiene que pensar necesariamente en el día en que él mismo baje como un fruto a la tierra:

Cumplida su labor ahora reposa  
contra un árbol. Los dos en los umbrales  
del mismo oscuro puerto se sostienen.

.....

Siente un agrio sollozo de partida  
y una total proximidad de cielo.  
E imagina su muerte allí tendida.

A toda hora, en todo momento, surge la misma imagen en el corazón del poeta:

Huye en alto desbande cada rama,  
pero queda en los tallos transparentes  
el ángel de la muerte que me llama.

¿Por qué esta memoria destructora, tendenciosa e insistente a lo largo de todo el libro? ¿Por qué esta absoluta incapacidad de un saludable olvido que permita, aunque sea fugazmente, la embriaguez y la exaltación? ¿Por qué siempre ante los ojos el envés desolado de la vida? Porque es éste un libro por el que no pasa el amor. En ningún momento se descansa en un regazo de ternura. Todo es de una implacable visión exacta y justa. Sólo el amor es capaz de obnubilar la memoria más lúcida y desvelada. Sólo el amor es capaz de reencontrar el cauce del instinto entregado, sumiso y lleno de confianza. En "Umbral de tierra" no hay más que una tensión sostenida de una lucidez intelectual y dañina. No hay niños en su poesía. El único recogido en sus estrofas está "muerto con sus juguetes en la mano". No hay flores, la que se nombra es solo un recuerdo de flor que se desgarra en el fruto:

¡Ay de tí que jamás te has preguntado  
si aquella buena flor en los canales  
del zumo está temblando todavía!

Ni siquiera volviendo los ojos a la infancia propia, la visión se aligera en una sonrisa:

Y hoy cabe en un temblor lo que antes fuera  
precoz palpitación y gajo mudo,  
lo que ahora evoco y fué mi edad primera  
que quiso ser infancia y que no pudo.

María Granata no alza en su canto sino aquello que ha alcanzado ya el gesto definitivo. Su sensibilidad no recoge sino lo que está signado de ceniza. Su asombro no se desata más que ante lo terminado para siempre; le inspira el pájaro, pero el pájaro muerto:

¡Ay, que nunca creí que cabía  
un silencio de muerte en tu trino!

Y le canta con delectación a la tierra inerte en el planisferio.  
Es esta una modalidad tan constante que asombran "Primavera"



e "Islas del Paraná", los dos únicos poemas en que hay una complacencia de belleza sin sombras y que disuenan deliciosamente dentro del tono del libro.

María Granata vive estremecida por el continuo desprendimiento que es la vida y por eso la figura de Cristo no le inspira más que este suspiro codicioso:

¡Ah como Tú, poder decir: Mañana,  
y no gemir en suma de temores;  
con aquella serenidad que gana  
la muerte de las flores.  
Aunque el vibrante suelo  
vivo de venas rojas nos retenga;  
aunque en el aire venga  
un nombre a nuestro nombre paralelo.  
¡Ah sentir sin asombros  
que toda soledad nos pertenece,  
¡Ah, dejar que las cosas en su vida  
eterna y pasajera  
nos invoquen en vano.

Y esta muchacha está cercada de muerte porque no conoce más que cuatro momentos: "asombro, sed, dolor, renunciamiento". Porque cuando su corazón, tan singularmente dotado, debiera estar inmerso en lo sensorial maravilloso, en ese "asombro y júbilo de ser" que dice ella misma, en cambio clama:

Ya me puedo quedar junto a la puerta.  
Inmóvil. Con los nervios destrenzados  
y con la sangre suelta y desatados  
mis humores. La médula despierta.

Apoyada en el muro de la huerta.  
O en el muro del mundo. Bien atados  
los brazos a la espalda. Sin llamados.  
Sin amor. Sin umbrales. Viva y muerta.

Es éste un libro amargo pero vigoroso. María está muerta, pero de pie, como el álamo de su poesía. Por eso duele más. Y uno se pregunta qué trayectoria seguirá su obra futura. Su desolación — ¿innata sabiduría? ¿experiencia copiosa? — ha llegado demasiado pronto. ¿Qué defensas le urdirá la vida a esta muchacha hermosa? La rescatará la alegría y la dulzura y cantará con renovada pupila el oscuro pero maravilloso sentido de la vida? Tal vez. Ella nos dice que hay en sus ojos “una lágrima intacta todavía”. ¿O se evadirá por el camino que señalan experiencias como ésta?:

Puedo evadirme ya de los colores  
de los sonidos, de esta selva incierta  
que más me absorbe cuanto más abierta  
la luz baja a sus frondas exteriores.

Puedo dejar el peñascal, las flores,  
esa agua de lucernas, esta huerta  
corregida de sol y recubierta  
de morados racimos y rumores.

Dejar la tierra y sus lechosas fuentes,  
penetradas las manos de penumbra,  
pero los ojos diáfanos de vuelo.

Y llegar a través de lentos puentes  
a esa región en donde solo alumbra  
un resplandor levisimo del suelo.

¿Podría desembocar en el misticismo la actitud de María Granata? Creo que no. Se lo impedirá la misma lucidez que conspira contra la enamorada entrega.

Formalmente el libro es una sorpresa. Vocabulario novedoso, vegetal, rico. Imágenes que se abren con dehiscente espontaneidad y siempre singularmente eficaces. La artesanía primorosa del lenguaje poético no tiene secretos para María Granata. Claro es que cuando se cala muy hondo, muy alto y muy ancho en la sustancia vital las palabras ya no sirven sino como umbrales. Hay que apelar al halo



que rebasan todas ellas para salvar del silencio lo que se ha logrado aprehender. A esa orilla inefable de la expresión acude muchas veces María Granata. Pero ese peligro poético, agonía por apresar lo que huye irremisiblemente, no es riesgo para un verdadero poeta. La oscuridad, por la luz, es siempre transparente y tiene un latido de cosa viva.

"Umbral de Tierra" es un hermoso libro, porque es una fuerte y honda experiencia. María Granata nos dirá cosas grandes y bellas. Sólo cabe desear que la vida la lleve por caminos de dulzura.

JULIETA GÓMEZ PAZ.

# LA ESTELA EN EL TIEMPO

LEOPARDI

## *De la Guerra y el Tirano (1)*

Y llego al acto de la guerra. Antiguamente, dicen, combatían las naciones enteras: las guerras de los tiempos cristianos, hechas con ejércitos pequeños, son menos cruentas y acarrear menos daños. Pero antiguamente combatía el enemigo contra el enemigo, hoy el indiferente con el indiferente, quizás también con el amigo, el compañero, el pariente; antiguamente no había nadie que no combatiese por su propia causa, hoy nadie que no combata por causas ajenas; antiguamente la victoria aprovechaba a quien había combatido, hoy a quien ordenó que se combata. Es propio de la naturaleza que el enemigo combata a su enemigo y en provecho propio; y esto también se ve entre los brutos no corrompidos, aun dentro de su propia especie y con sus semejantes. Pero no existe cosa tan opuesta a la naturaleza, como que un individuo sin odio habitual, ni ira actual, con ninguna o casi ninguna ventaja e interés propios, por mandato de una persona a quien, ciertamente, no ama en demasía y probablemente ni conoce, mate a un semejante que no lo ha ofendido en manera alguna y que en el mejor de los casos ni siquiera conoce y no es conocido por el matador. Antes bien, un individuo a quien él odia, generalmente, mucho menos que a quienes le mandan matarlo. y, ciertamente, mucho menos que a muchos de sus mismos compañeros de armas y de sus conciudadanos. Porque, hoy, los odios, las envidias, las enemistades surgen entre vecinos y no, ordinariamente,

---

(1) Fragmento de los "Pensieri di varia filosofia e di bella letteratura" desde la página 899 hasta 910, numeración del autor. El título que encabeza la traducción del fragmento no es de Leopardi. Leopardi no ponía títulos a los pensamientos, a menudo verdaderas notas sin desbrozar, aunque más tarde los agrupara por el contenido en un índice analítico.



entre lejanos: el egoísmo individual nos convierte en enemigos de aquéllos que nos rodean, o a quienes nosotros conocemos y tienen relación con nosotros, y sobre todo de aquéllos que recorren nuestro mismo camino y persiguen nuestro mismo fin; de aquéllos que, estando en situación más elevada que la nuestra, despiertan nuestra envidia y hieren nuestro amor propio. El extranjero, por el contrario, nos es por lo menos indiferente y, a menudo, más estimado de los que lo conocen, pues la estimación etc. es fomentada por la lejanía y por el desconocimiento de la realidad y por la fantasía que lo suple; y en efecto en una comarca en donde no predomine el amor de patria, el forastero es siempre grato, y las costumbres y los modos etc., etc., tanto suyos, como de cualquier otra nación extranjera, son preferidos a los nacionales y él también lo es. De tal manera el soldado, en nuestra época, es mucho más enemigo de aquéllos en cuya compañía lucha, de aquéllos en cuyo provecho, por cuya voluntad, bajo cuyo mandato combate, que de aquellos a quienes combate y mata. Y todo ello por el orden natural de las cosas y no por mero capricho. Por consiguiente si quisiéramos una vez tan sola, considerar las cosas en su realidad y no en sus apariencias, hallaremos mucho más barbarie hoy en la muerte de un solo enemigo, que antiguamente en la destrucción de un pueblo entero; porque esto es en todo según natura, aquello en todo sentido contra natura.

Quiero proseguir más aún y mostrar que esa pretendida ventaja del poco número de combatientes, ha subsistido hasta ahora por haber conservado las naciones algo de lo antiguo y por seguir siendo, de alguna manera, naciones y ahora que dejaron de serlo, dicha ventaja ya no puede subsistir.

Cierto es que, no siendo ya las naciones enemigas unas de otras y siendo los ejércitos como tropillas de obreros pagados a que trabajen el campo del dueño, y requiriéndose que el efectivo de un ejército sea el poseído por los otros, las guerras podrían resolverse con un pequeñísimo número de combatientes, y aún con un compromiso, en donde dos solas personas pagadas combatesen a fin de decidir la causa. Pero el egoísmo del hombre hace que él emplee para obtener su fin, cuantas fuerzas pueda disponer a tal efecto.

Un gran ejército, sea por sí mismo, sea por los impuestos que necesitan para mantenerlo, no se sostiene sin molestias, daños y



gastos de parte de los súbditos. Mientras los súbditos no fueron siervos, mientras la muchedumbre contó para algo, mientras la voz de la nación se hizo oír, mientras la carne humana, excepto aquella de uno solo por nación, no estuvo a disposición de este solo que manda, y como la carne todo lo demás y la nación entera, los ejércitos no fueron nunca muy numerosos. La nación que, en cierto sentido, se conservaba como tal, no toleraba fácilmente, 1.º guerrear por el mero capricho de su jefe y en provecho de él solo; 2.º las levas forzadas ni las excesivas; 3.º el exceso de impuestos para hacer la guerra. No toleraba, digo, todo esto o amenazaba al príncipe con gravísimos peligros y disturbios internos. Era interés propio del príncipe no derrochar lo que de la nación perduraba todavía, ni derrochar las demás cosas, sobre todo en lo que se trataba de su sangre y de sus propiedades más caras, que son los hijos y los allegados, etc. Desde el tiempo de la destrucción de la libertad hasta los comienzos o la mitad del seiscientos, los soberanos, aunque fuesen más tiranos que los de hoy, es decir más violentos y sanguinarios, por el hecho mismo de oponérsele la nación, no fueron, sin embargo, nunca dueños tan absolutos de los pueblos como más tarde. Basta leer las historias y ver como fuesen frecuentes y fáciles y peligrosas en aquellos tiempos las sediciones, los tumultos populares, etc., que, por cualquier causa que surgieran, mostraban, en verdad, que la nación estaba aún viva y existía. Y no era cosa extraña en aquellos tiempos, como luego lo fué, que corriera la sangre de los príncipes por mano de los súbditos. Además el poderío estaba más subdividido, tanto con las baronías, las señorías, los feudos, que era el sistema monárquico de aquel entonces, cuanto con las particulares legislaciones, privilegios, gobiernos independientes, en parte, de las ciudades o provincias que componían las monarquías. De tal manera el rey, no teniéndolo todo a su disposición y no pudiendo usar de la nación para sus antojos, sino con muchos obstáculos, los ejércitos eran necesariamente pequeños; y es cosa manifiesta que cuando la señoría de una nación se halla dividida en muchas, el señor de todas no puede tomar de cada una de ellas sino poco e infinitamente mucho menos de aquello que él tomaría si fuera el señor inmediato y si todo dependiera de su arbitrio; hecho demostrado por la historia y observado por los políticos. Y también por esto se estima en la



guerra ventaja grandísima el poder absoluto de uno solo y la entera monarquía, como la de Macedonia entre la Grecia separada en su poderío lo que, sin embargo, según mis principios, se debe entender solamente en el caso en que las naciones combatidas por una potencia despótica, no se hallan sustentadas por verdadero amor de patria o si lo poseen en menor grado, si fuera posible, que aquella nación sujeta al despotismo. Y tal era la Grecia de los tiempos macedónicos, mientras la sola Atenas había, en un tiempo, resistido contra la potencia despótica de Persia y la había vencido. Puesto que un soldado verdadero de la patria vale más que diez de un déspota, si en aquella nación monárquica no existe otro tanto o semejante patriotismo. Y precisamente en la batalla de Maratón uno luchó contra diez, es decir diez mil contra cien mil y vencieron. Se conocen también las constituciones de aquellos tiempos, las cartas nacionales, el uso de los estados generales, cortes, etc., como en Francia, en España etc., con los cuales la muchedumbre aún hacía oír su voz, o por cierto el poder era menos independiente y único y el monarca más obligado.

Pero desde que el progreso de la civilización, o sea corrupción, y las demás causas que he expuesto tan a menudo, extinguieron completamente el pueblo y la muchedumbre, han hecho desaparecer las naciones, han quitado toda voz, toda fuerza, todo sentimiento de sí mismas y, por consiguiente, concentrado el poder integralmente en el monarca y puestos todos los súbditos y cada uno de ellos, y todo lo que de cualquier manera les pertenecía, a plena disposición del príncipe, las guerras volviéronse más arbitrarias y los ejércitos inmediatamente aumentaron. Y es cosa natural y no casual, sino consecuencia inevitable y directa de las cosas y del hombre. Porque, cuanto un hombre puede usar en su provecho, tanto usa; y ahora que el príncipe puede usar para cualquier finalidad o deseo, todo cuanto es la nación y todo cuanto puede la nación, sucede que la usa en efecto sin más limitaciones que las de ella misma y de sus posibles fuerzas. Lo prueba la experiencia. Luis XIV, el primero o uno de los primeros de aquellos gobernantes que pertenecen a la época de la perfección del despotismo, dió inmediatamente el ejemplo de la multiplicación del ejército al mundo. Dado este ejemplo se volvió necesario el seguirlo. Pues que, aunque la grandeza de un ejército sea arbitraria, depende, empero, y debe corresponder en cuanto sea



posible a la del enemigo; luego, si la del enemigo es grande, también vosotros, si podéis, aunque no queráis, debéis tener la vuestra tanta o mayor, pudiendo, que la del enemigo; de la misma manera la podríais hacer pequeña, más, menos que mínima por las mismas razones, en el caso contrario. En efecto, como dije, pág. 902 <sup>(1)</sup>, el ejemplo de Luis XIV fué seguido tanto por príncipes enemigos suyos, como por Federico II, el filósofo déspota y el autor de muchos nuevos progresos en el despotismo por él cumplidamente cultivado y promovido. Y él obligó a sus enemigos a que hiciesen lo mismo. Por fin Napoleón condujo al exceso el hecho y por ello, precisamente, fué el modelo, quizás, de la última perfección del despotismo. Sin embargo este exceso no será el último punto a donde veremos, natural e inevitablemente, llegar la cosa.

Digo inevitablemente, supuestos los progresos o la duración del despotismo y del estado presente de las naciones, las cuales dos cosas, según el andar de los tiempos, el saber reinante, etc., parece que por ahora no puedan sino progresar y arraigarse más y más. Y en este caso digo inevitablemente, sea por el egoísmo natural del hombre y por consiguiente del príncipe, egoísmo cuyo efecto está siempre en proporción con el poder del egoísta, sea porque dado el ejemplo y vuelta esta competencia hábito, la cosa se convierte en necesaria aun para aquél que no lo quiera. Y cuán verdadero sea lo afirmado, observad. ¿Cómo poder desarraigar este hábito, aunque sea, en último análisis, arbitrario, y dependiente de la voluntad? ¿Con un acuerdo general de los príncipes, de todos aquéllos que pueden combatir? No ignoro que este acuerdo se intentó, o se supuso que se intentara o propusiese en el Congreso de Viena. Y ciertamente la ocasión era la mejor que se pudiera dar, y otra mejor no se presentará jamás. Sé, sin embargo, que no se ha hecho nada. Quizás hayan visto la imposibilidad que realmente se opone. Primero ¿cuál es, hoy día, la garantía de los tratados si no la fuerza o el interés propio? ¿Cuál fuerza o cuál interés, entonces, os pueden obligar a no buscar vuestro interés propio por todas las fuerzas que podáis? Segundo (y esto prueba evidentemente que, aún queriendo, no se puede remediar) ¿quién confía en un tratado precedente en tiempo de guerra? ¿Quién

---

(1) Núm. de pág. del autor.



no sabe lo que yo he dicho más arriba en el primer lugar? y ¿quién no conoce la naturaleza universal e inmutable del hombre? Sí, desde luego, el príncipe conoce lo dicho, desde luego sospecha de su enemigo; entonces, aún no queriendo, se ve obligado a cuidarse y proveerse de manera tal que él sepa resistir cuanto más pueda a cualquier fuerza que el enemigo quiera emplear para atacarlo. ¿Hay alguien que, pudiendo reclutar mil hombres, reclute ciento, no sabiendo si el enemigo lo asaltará con ciento o con mil, antes bien debiendo creer más posible esto que aquello? Y cuando se hubiera hecho el acuerdo general y observado por mucho tiempo, tanto mayor sería la ventaja propuesta a quien improvisamente rompiera el pacto; y por lo tanto no faltará quien lo haga. Esto lo pondría en plena posesión de su enemigo, y, dado un solo ejemplo de esta clase, todos desconfiarían, nadie querría vivir en la incertidumbre, arriesgarlo todo, y todos volverían a las costumbres pasadas. Y esto se debe entender no tan sólo en tiempo de guerra sino también para el de paz, siendo constante el peligro que los gobiernos representan uno para el otro. Lo dicho se manifiesta en la realidad y en las grandes fuerzas que se sustentan ahora, aún en tiempo de paz, de tal manera que no existe ahora un solo momento en que el país esté desarmado, diferenciándose por ello de los tiempos antiguos y de los cristianos anteriores a éstos últimos.

De todo lo dicho se deduce que los ejércitos no sólo no disminuirán jamás, sino aumentarán siempre, buscando, naturalmente, cada cual la superación del otro con todas sus fuerzas y extendiéndose sus fuerzas cuanto las de la nación; que, por consiguiente, las naciones enteras, como entre los antiguos, se degollarán mutuamente, pero no, como entre los antiguos, espontáneamente y con voluntad consciente, antes serán obligados por la inmundicia fuerza; no odiándose mutuamente, mas sintiendo plena indiferencia y quizás deseando ser vencidas (porque, y esto también es notable, perdido el amor hacia la patria, y la independencia interior, el cambio de dueño y de las leyes, gobierno, etc., no sólo no es odiada ni temida, pero a menudo deseada y preferida); no para su propio bien, sino para el ajeno; no para el bien común, sino el de uno solo; y de aquellos solos a quienes aborrecerán más que a cualquier otro, y mucho más que aquellos a quienes combaten; en suma no según los mandatos de la natura-



leza, ni por efecto natural, pero, en absoluto, contra la naturaleza. Y dígase lo mismo de todas las demás consecuencias del despotismo, sean las relacionadas con la guerra, sean las independientes de ella. Es decir, los pueblos ya por los ejércitos propios, ya por los ajenos, serán exprimidos, empobrecidos, desangrados, privados de su bienestar, impedida o decaída la agricultura con el arrancar de los campos a los que la practican y con el despojarla del producto de sus fatigas; trabado y desalentado el comercio y la industria con el adueñarse de sus frutos por el siempre creciente despotismo, etc., etc.

En suma, las naciones, sin odiarse como en la antigüedad, serán como en la antigüedad desoladas, aunque sin tumulto y sin violencia extraordinaria; lo serán desde el interior más que desde el exterior, y aún desde éste, según las circunstancias, etc., etc. Y todo esto no porque sea verosímil, o sin una estable y necesaria razón, pero por consecuencia ineludible de la naturaleza humana, la cual no porque sea peor o diferente en los príncipes, pero sencillamente por naturaleza humana, los llevará, y es fatal, a todo esto; y la realidad ya lo demuestra en muchísimas partes. Y todo sin que de ello derive aquel entusiasmo, aquel impulso, aquellas virtudes, aquel valor, aquel coraje, aquel sobrellevar sin queja los males y los trabajos, aquella firmeza, aquella fuerza, aquella vida pública e individual, que surgía, antaño, aún de las grandes calamidades; antes, por lo contrario, en proporción a las modernas calamidades aumentan la modorra, la frialdad, la desidia, la vileza, los vicios, la monotonía, el tedio, el estado de muerte individual y general de las naciones. He aquí las ventajas de la civilización, del espíritu filosófico y de humanidad, del derecho de gentes creado, del amor universal imaginado, del odio recíproco de las naciones destruido, de la antigua barbarie abolida.

Estas observaciones son totalmente opuestas a las del *Essai sur l'indifférence en matière de religion*, loc. cit. por mí, pág. 888, el cual hace derivar la magnitud de los ejércitos del espíritu y odio nacional y egoísmo de las naciones, y yo (mucho más acertadamente, creo) de la total y última extinción de este espíritu y por lo tanto de este odio y de este egoísmo.

(Trad. de R. D. H.).



# LAS OBRAS Y LOS DÍAS

## DE LA ABSURDA AVENTURA

### LA PERSECUCIÓN DE LAS AUTORIDADES ALEMANAS A ESTUDIANTES HOLANDESES

El Comité Pro Holanda, que funciona en esta capital, dió a conocer las informaciones que ha recibido de fuentes fidedignas y que dan cuenta de las persecuciones de las autoridades alemanas de ocupación, contra los estudiantes universitarios holandeses, que denomina "cacerías".

Los datos en poder de ese comité permiten conocer hasta qué punto las tropas del Reich, secundadas por holandeses adictos al régimen nazi imperante por la fuerza en su territorio, han llevado a cabo su campaña en contra de las clases ilustradas de la población del infortunado país, iniciada el 6 de febrero pasado. A pesar de la resistencia de los rectores de las ocho universidades de Holanda, que a estar a esas noticias,

negaron los registros de inscripción en tales casas de estudio, está en tren de prosecución el plan de enviar 6.000 de los 18.000 estudiantes universitarios para prestar servicios de trabajo forzado en Alemania.

Publicó, además, la entidad, el texto de dos cartas que circulan entre la población de los Países Bajos vinculadas con este asunto y expresa en su comunicación que estos hechos, que ocurren al margen de todo derecho internacional, con desprecio de todo sentimiento humanitario, en Holanda, país conocido por su apego a la paz, al trabajo pacífico, a los estudios y a las ciencias, demuestra que no sólo se trata de tomar represalias contra los opositores políticos, sino también de esclavizar a la juventud estudiosa.

(de "La Prensa", 14 de abril de 1943)

## ACTIVIDADES CULTURALES

### LA PRIMERA FERIA DEL LIBRO ARGENTINO, organizada por la Cámara Argentina del Libro.

Esta muestra del libro argentino ha sido una recíproca revelación para los editores y el pueblo.

El pueblo de Buenos Aires, incluso la gente que sólo entra a una librería para comprar un texto de escuela a sus hijos, tuvo ante sus ojos, al alcance de sus manos, hojeó y leyó trozos de gran parte de la producción editorial de los últimos años. Los editores a su vez no



esperaban esa enorme y continua afluencia de público (unas 2.200.000 personas) que se llevó libros por un monto superior a los cálculos más optimistas. Ahora saben de su presencia real y que la expresión *público lector* no es una mera entidad verbal. Fueron decenas y decenas de millares los compradores; y lo serán muchísimos más, a poco que la orientación editorial impresa por los industriales del libro se afirme, y se generalice entre ellos la convicción de que, si bien la del libro —como toda industria— persigue un fin de lucro, es una industria *sui-generis*, y de que es sabia directiva, productora de nuevas ganancias y satisfacciones, atender con cuidado creciente a la faz espiritual de sus tareas.

El progreso alcanzado, así en la faz material del libro como en otros aspectos —diversidad de materias, número de autores, responsabilidad de directores y traductores—, es uno de los índices más favorables y elocuentes de nuestro nivel social. De este auge debemos alegrarnos todos porque sus beneficios —además del evidente que nos proporciona la lectura— son de los que se reparten más difusamente por todos los ámbitos de la sociedad: la perfección gráfica del libro, depurando el gusto del público, lo educa; la labor de técnicos y obreros se perfecciona en logros de belleza y pulcritud; en torno de los editores responsables se agrupan los directores de colecciones, intelectuales de reconocida competencia, cuyas cualidades y saber quedaban antes sin empleo en empresas de esta índole; son cada vez más numerosos los hombres cultos que hacen una profesión del traducir obras literarias o científicas a nuestra lengua. Y sólo con el auge de esta ac-

tividad podrán algún día nuestros hombres de letras vivir de sus creaciones.

Es de recordar además un beneficio que nos alcanza a todos por igual: la caudalosa corriente de exportación editorial que lleva nuestros pensamientos, sentimientos e imaginaciones —junto con los de los más afamados autores— por todo el Continente. Véase cómo por la no imaginada vía de la industria y comercio libreros el nombre argentino resuena en “América toda” con aquel timbre señero que ¡ay! hemos ido perdiendo en otros campos ideales.

Esta feria señala una etapa memorable. Pero quienes la han realizado deben aprestarse a nuevas superaciones y considerarla como un hito en el largo, difícil, glorioso camino.

#### LABOR DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Esta institución, creada en 1930 con el propósito de contribuir al desarrollo de los estudios superiores exentos de finalidad profesional, inauguró el 4 del corriente mes los cursos de su décimo cuarto período anual. Sin olvidar la orientación inicial, el Colegio Libre halló nuevos cauces para su vitalidad: la creación de los cursos colectivos, la de las cátedras, la organización de doce filiales en el interior; su contacto cada vez mayor con el mundo de la alta cultura de los países hermanos de América. “*Cursos y Conferencias*”, revista mensual en que se recoge parte de la labor realizada, cuenta ya con veintidós volúmenes y constituye una valiosa colección, consultada por estudiosos argentinos y extranjeros.

Del nutrido y múltiple plan de este



año son de señalar los trabajos de investigación, costeados con la dotación de becas especiales, sobre Literatura argentina y Economía argentina; cursos internos de las cátedras, como el que desde hace años viene realizando la de Filosofía sobre "La verdad y el error"; el ensayo del "Bachillerato de los cien autores", adaptación a nuestro medio hispano-americano del plan del *Saint John's College* en la cátedra de Educación; un curso colectivo sobre Galdós en la cátedra J. M. Gutiérrez; largos cursos sobre historia de las artes plásticas y de la música en la cátedra de Artes; la continuación del curso cíclico de Historia Argentina y un curso colectivo sobre la España del siglo XVI en la cátedra Mitre; la organización de unas Jornadas de Economía y otras de Educación; una delegación del Colegio Libre presentará en la Universidad de Santiago de Chile a fines de este mes panoramas de la vida literaria y educacional argentina; para el de julio ocuparán la cátedra del Colegio cuatro intelectuales brasileños, un literato, un sociólogo, un educador y un economista quienes hablarán del Brasil actual en el campo de sus respectivos estudios.

UNIVERSIDAD POPULAR ALEJANDRO KORN: La Universidad Popular Alejandro Korn ha preparado un vasto plan de trabajo para el año corriente, iniciado en abril, y que abarcará distintos aspectos y actividades. Se cumplirán cuatro ciclos de conferencias: el principal de ellos se ha titulado "Nuevos planes para la Argentina"; este ciclo se ha subdividido en tres partes: planes para la organización de su riqueza; para el mejoramiento de su población y para el mejor ordenamiento de su cultura social.

Otro ciclo se titula "Historia de la libertad en América", y en él se trata de estudiar el proceso de la conquista de la libertad en América y el proceso de las luchas contrarrevolucionarias que intentaron ahogar el dominio de la libertad.

Serán también temas de conferencias el panorama de las ciencias aplicadas a la técnica y el arte contemporáneo. Se organizaron cursillos breves de divulgación que abarca temas científicos y artísticos. Esta preocupación divulgadora sugirió la creación de cursos por correspondencia sobre Secretariado Obrero y Nociones de Derecho Obrero.

## REVISTA DE LIBROS

LUIS ORTÍZ BEHETY: "*Substancia de Amor*". Buenos Aires, 1942. Ed. del autor.

Hay un brillo de cobre en la cocina,  
Una luz de aluminio, una agitada  
Loza con los colores de la música.

¡Qué extraña cosa la poesía! Nos sentimos ante ella como frente a una puerta que, girando sobre sus goznes chirriantes, nos devuelve un mundo presentido y olvidado a la par. Un mundo proyectado en lo infinito, y en donde la materia dócil es color, forma y llama.

Y la extrañeza se transforma en goce y en nostalgia. Así Fray Luis exclama frente a la noche estrellada:

"mi alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baxa, obscura?"

Siempre que la poesía lo sea de verdad. Como, indudablemente, lo es en el libro que nos interesa.

La vida del hombre, la vida simple y plena que de siglos se arrastra por la tierra, se yergue redimida en belleza: y todo sabe a rito y sus horas claras y densas cual ceremonias:

"Cuando el sueño infantil te ciñe y ata  
a su puro destino, a su inocencia,  
en el profundo hueco de la almohada  
se inicia la piedad de oscuro reino.

Los versos de corte añejo se musitan una y otra vez sin cansancio; es una embriaguez de claro y obscuro:

"Hay un aire de páldo cristal ,  
Tan delgado, tan débil e inocente

Que hasta la misma luz se desvanece  
En humildes refugios tutelares".

Un deslizarse de metáforas sin violencias, recatadas y finas:

"El inocente palpar del alba;  
La dulce y otoñal melancolía  
Del crepúsculo sobre nuestros cuerpos,  
La noche que derrama su temblor,  
Su silencio y su sombra vacilante,  
Únicos compañeros sigilosos".

El verso que serpentea con ritmo manso de arroyo en la campiña llana:

"En los amaneceres de septiembre  
Tan desnuda en el agua y en la brisa,  
En el verde crepúsculo del parque,  
En la ansiosa floresta de la noche"...

Una nota melancólica y dulce, crepuscular, en la literatura argentina.

R. D. H.

CONCEPCIÓN ARENAL: "*Cuadros de la guerra*". Ed. Nova. Buenos Aires, 1943.

CLARA CAMPOAMOR: "*El pensamiento vivo de Concepción Arenal*". Bibl. del pensamiento vivo. Ed. Losada, 1943.

Dos editoriales argentinas actualizan la figura y el pensamiento de Concepción Arenal con sendos volúmenes de reciente aparición.

La penalista gallega es, indudablemente, una de las más extraordinarias mujeres del siglo XIX. Si al analizar su obra, asombra la vastedad de puntos que abarca, la profundidad del pensa-



miento y la claridad con que los expone, el asombro sube de punto al conocer su propia vida, cercada de dificultades materiales y morales: orfandad en temprana edad, viudez, pobreza extrema por una parte; prejuicios que ataban a la mujer en la España de entonces, por la otra.

Vencerlo todo, llegar a la Universidad, cuando esto era en España empresa casi imposible, consagrar toda la vida a una obra de servicio social, hacer de la suya una vida ejemplar. Pero agregado a esto su extensa obra escrita, pensada con serenidad en medio de la lucha, se justifica para C. A. el calificativo de extraordinaria.

Aunque en su tiempo fué considerada sobre todo como penalista, su obra abarca campos más vastos del pensamiento. Tuvo una visión clara y aguda de los problemas sociales de su tiempo, talvez porque viviendo en la pobreza y en lucha constante con el medio, la realidad misma de la vida le dió la materia viva para sus libros.

"No fué una mujer erudita", apunta uno de sus biógrafos; y otro —Cánovas del Castillo— afirma: "es increíble, tanto que llega a ser maravilloso para los que una vez recorren sus obras, la cantidad inmensa de ideas que hay en ellas". Afirmaciones ambas perfectamente congruentes, porque C. Arenal no se acercaba a los problemas sociales con teorías previas, sino que, arrancando del hecho mismo, motivo de su observación y estudio, buscaba la solución más justa para remediarlo.

¿Cuáles son esos hechos que movieron a C. A. a realizar lo que todos los que conocieron su vida coinciden en llamar apostolado? Son los de siempre: la riqueza de unos y la miseria de otros,

la falta de instrucción del pueblo, la situación de la mujer, el egoísmo de los poderosos, las desigualdades sociales, la guerra..:

En el volumen de la Editorial Losada, "El Pensamiento Vivo", de C. A., sobre esas cuestiones está contenido en fragmentos de algunas de sus más notables obras jurídicas y sociales: Cartas a los delincuentes, La instrucción del pueblo, El visitador del pobre, Cartas a un obrero, Cartas a un Señor, La mujer del porvenir, La mujer de su casa, etc.

¡Qué actuales son todavía sus puntos de vista! Si en el terreno de las realizaciones prácticas muchas de sus aspiraciones se han cumplido, v. g., las que se refieren a la educación y al trabajo de la mujer, a regímenes carcelarios (en algunos países), los fundamentos en que se apoya y las observaciones que los abonan son valederas hoy como ayer. Que toda cuestión social, como lo repite insistentemente, es una cuestión moral, p. ej., lo siente hoy todo el mundo.

La presentación admirativa pero justificiera de C. A. se debe a una mujer española de hoy, estudiosa y trabajadora, Clara Campoamor, quien tuvo a su cargo la selección de los trozos que componen el volumen.

El tomo de la Editorial Nova, es la reedición de "Cuadros de la guerra", relatos breves cuyo objeto es mostrar el horror de la guerra, tema que la autora había ya tratado en el ensayo jurídico sobre "El derecho de gentes".

Bien estarían algunos de esos cuadros, ricos de emoción, en las antologías de nuestros escolares.

Un tanto olvidada por las generaciones actuales, la obra de C. A. merece ser difundida. A ello contribuyen estos



dos volúmenes, donde puede hallarse mucho de lo bueno que escribió esta mujer cuyo móvil en la vida fué un gran afán de justicia.

DORA E. MIRANDA.

GREGOR ZICMER: *"Education for Death. The making of the Nazi"*, 1942. Oxford University Press, Printed in the United States.

El autor ha sido presidente de la escuela de la colonia americana en Berlín, y, gracias a sus buenas relaciones con personajes vinculados con la educación nazi, le fué permitido visitar las instituciones educativas más características del país. El libro ha sido realizado con la objetividad propia de un investigador científico, y se llega en él a la conclusión de que el alma de la educación nazi es el desarrollo de la voluntad de poder y del concepto de la superioridad racial. Y esto lo hacen diabólicamente bien. Preparan a muchachos y a muchachas al sacrificio para Hitler, quien habría dicho: "Dejad que los niños vengan a mí". Zicmer vió a los alumnos ansiosos de conquista y prestos para enfrentar la muerte al servicio de su ideal, que es el de Hitler. El autor se pregunta si estos alumnos preparados para la muerte, no tienen más entusiasmo y no escatiman menos esfuerzos que los americanos educados para la vida.

ELISA KLICFORTH.

RODOLFO MONDOLFO: *"En los orígenes de la filosofía de la cultura"*. Ed. Imán. Buenos Aires. 1942.

Quienes se interesen por los problemas de la filosofía de la cultura, hallarán

en este libro una riquísima fuente de sugerencias que justificarían toda una filosofía del hombre concebido como ser espiritual —esto es, creador— frente a cualquier tesis que colocara el acento de la esencia humana en la razón teórica o especulativa.

El propósito del autor —según se nos advierte en el prefacio— es el de "iluminar algunos antecedentes (más o menos lejanos) del planteamiento de los problemas que han dado origen en nuestros días a la llamada "filosofía de la cultura".

Si en los dos primeros capítulos el autor puede ser apreciado como el investigador erudito, a la vez que como el original y profundo intérprete de las fuentes históricas, los dos últimos muestran bien a las claras su convicción historicista.

En el primer capítulo el autor se propone rectificar la tesis ya tradicional en la Historia de la Filosofía en virtud de la cual el hombre, concebido como ser especulativo, frente a las cosas del mundo, habría comenzado su hacer filosófico con una reflexión sobre ellas, antes de dirigir su mirada hacia sí mismo y los problemas humanos, como tardamente —con los primeros, sofistas según esa misma tesis— aconteció.

La revisión exige remontarse a las primeras concepciones míticas de la humanidad y analizarlas con penetración aguda, tarea que el autor cumple a conciencia dadas sus condiciones de investigador. Tal necesidad se comprende si se tiene en cuenta que las primeras concepciones míticas contienen "los problemas que más tarde planteó la filosofía en forma racional". El primitivo politeísmo antropomórfico, al dotar a sus dioses y a los procesos cósmicos de re-



laciones análogas a las de los seres humanos, se valió precisamente de estas relaciones, para hacer comprender, en su función, el devenir natural y el enlace de los fenómenos más variados.

Esto significaría que "al contemplar y tratar de comprender a la naturaleza, el pensamiento mítico posee ya los conceptos relativos al mundo humano, y por eso mismo puede emplearlos; en otras palabras, la reflexión sobre el mundo humano ha precedido a la reflexión sobre el mundo natural; y por esto puede apoyarse sobre aquélla, en cuanto surge por primera vez".

Situadas las cosas en terreno estrictamente filosófico, se hace necesario aclarar la naturaleza y génesis del concepto de ley, desde que el problema filosófico se plantea "como visión sintética de las relaciones orgánicas que convierten la multitud de fenómenos en sistema dominado por leyes".

Escapa a los fines de esta nota seguir en todo su desarrollo el análisis de que se vale Mondolfo para sostener su opinión sobre el origen humano —ético-jurídico— la noción del concepto de ley; también es de origen humano (su asimilación al concepto de culpa) la noción de causa, concebida en el sentido determinístico de la ciencia posterior. Justamente es en este análisis donde el trabajo de Mondolfo adquiere mayor profundidad. Una minuciosa confrontación de textos, opiniones ajenas tenidas en cuenta con certero espíritu crítico y un examen a fondo de todo el escenario en el que se desenvolvió la vida antigua, le han permitido demostrar y sostener su tesis sobre el origen humano de las nociones que posteriormente aparecieron, proyectadas, en las cosmologías.

En el segundo capítulo se señala la

vinculación que algunas de las técnicas usadas por los griegos en los distintos momentos de su vida, tendrían con el nacimiento de las primeras cosmologías. Pasando revista a la génesis de las ideas cosmológicas de los presocráticos, puede Mondolfo asegurar que "del mundo de la técnica, que es mundo de la vida y de la actividad del hombre, los naturalistas presocráticos recogieron sugerencias para concebir e interpretar la naturaleza universal, lejana y cercana, de las estrellas. La vida no está, para ellos, separada de la naturaleza, sino unificada con ésta; y las observaciones y los conocimientos relacionados con uno de estos dominios, les sirven para comprender y explotar mentalmente el otro".

Los dos últimos capítulos del libro nos llevan al origen de la concepción de la historicidad del hombre y sus creaciones, en otros términos al origen remoto de la afirmación de la historicidad del espíritu.

Un primer momento en esta afirmación, podría constituirlo el Humanismo, ya que sus precursores "son llevados a la concepción de la espiritualidad como historia, esto es, como proceso gradual y continuo de desarrollo". Desde ellos la idea de un progreso continuo en la historia es transmitida a Bacon, Galileo, Pascal, Leibnitz y Vico, de tal manera que se podría afirmar que "el Humanismo y el Renacimiento han sido precursores y progenitores de la filosofía moderna, de su historicismo, de su concepto de la cultura".

Pero la búsqueda no se detiene aquí. El examen de un pasaje de Aristóteles permite a Mondolfo afirmar que ya con este pensador "la antigüedad llegaba al umbral de esta concepción: que la historia constituye el proceso de nuestra



formación espiritual y que, por lo tanto, el conocimiento histórico significa una conquista de auto-conciencia".

Apenas desarrollada esta visión en la Edad Media, toma con el Cristianismo un importante incremento, se trasmite al Renacimiento, de allí a edades posteriores, para culminar con el idealismo alemán, con Hegel. Dominando en todo el siglo XIX —"el siglo de la historia"—, aún en sus filosofías positivistas, nos presenta el punto de vista histórico como exigencia para la cabal interpretación de las creaciones culturales sorprendidas en el momento mismo de su génesis. Referido a la filosofía, nos daría no sólo

su comprensión en el transcurso de su problemática siempre abierta, disparada hacia una meta ideal que se proyecta hacia el futuro, sino la identidad misma de historia y filosofía, si bien es cierto que "la unidad (o identidad como quiera decirse) de historia y filosofía no puede encontrarse ciertamente en las indagaciones particulares, sino sólo en la totalidad de la investigación histórica. La historia universal quiere darnos la formación de la cultura humana; la filosofía, la conciencia de esta cultura; en ello consiste el vínculo que las une".

LILIA ELSA SEGURA.

## LIBROS RECIBIDOS

FÉLIX MOLINA TELLEZ: "*Tiempo de la luna redonda*" (versos). Edic. Ruiz. Rosario, 1942.

JOSÉ LUIS ROMERO: "*La crisis de la república romana*". Ed. Losada. Buenos Aires, 1942.

AMADO ALONSO: "*Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La Gloria de Don Ramiro*". Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Filología. Universidad de Buenos Aires, 1942.

RODOLFO MONDOLFO: "*En los orígenes de la filosofía de la cultura*". Ed. Imán. Buenos Aires. 1942.

LUIS ORTÍZ BEHETY: "*Hölderlin o la Soledad. Novalis o la Desesperación*". Ensayos. Ed. del autor. Buenos Aires, 1942.

JUAN BORSSELLA: "*La casa*" (cuentos). Ed. del autor. Buenos Aires, 1942.

LUIS ORTÍZ BEHETY: "*Substancia de amor*". Poema. Ed. del autor. Buenos Aires, 1942.

MARISA SERRANO VERNENGO: "*Poemas de los cuatro vientos*". Ed. Teatro del Pueblo. Buenos Aires, 1942.

MARÍA ROSA LIDA: "*Dido y su defensa en la literatura española*". Inst. Filología. Buenos Aires, 1942.

RODOLFO MONDOLFO: "*El genio helénico y los caracteres de sus creaciones espirituales*". Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras, 1943.

ALBERTO ROUGES: "*Las jerarquías del ser y la eternidad*". Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras, 1943.





## *Insula*

*publicará en los siguientes  
números colaboraciones de*

*Roberto F. Giusti*

*Dora E. Miranda*

*Rodolfo Mondolfo*

*Julio Noé*

*Nella Pasini*

*Francisco Romero*

*José Luis Romero*

*Marta E. Samatán*

*Benvenuto A. Terracini*

*Juan Turín*

*Angel Vasallo*

*etc. etc.*



INSVLA

*Un Peso*